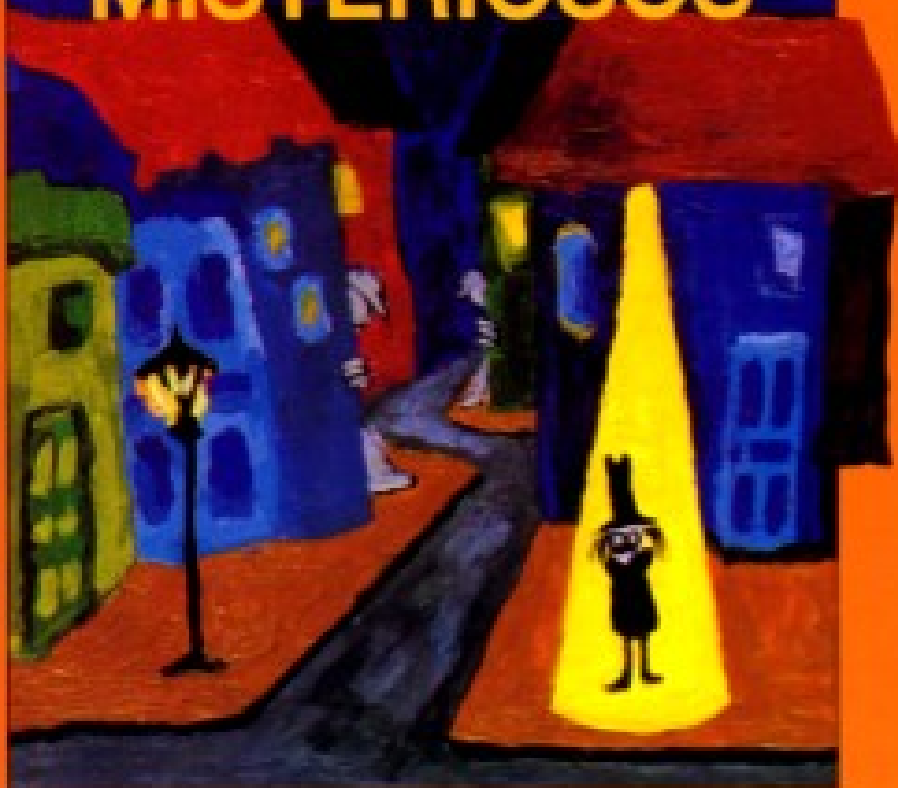


Editorial Andrés Bello



Jacqueline Balcells  
Ana María Güiraldes

# TRECE CASOS MISTERIOSOS



*Querido lector:*

*Estos cuentos son para que te transformes en detective. Si lees con atención y te fijas en los detalles, podrás encontrar la pista que te llevará a descubrir al Culpable. Si no logras dilucidar el enigma, ayúdate con un espejo: en páginas 45 -50, las soluciones están dadas, pero... al revés.*

*Te desafiamos a solucionar los trece misterios de este libro, con igual sagacidad que el inspector Soto, personaje presente en algunos de estos cuentos. Y no olvides: la observación es la cualidad indispensable para un buen detective.*

Las autoras

## INDICE

El Caso De Las Libretas De Notas	4
El Caso De Las Perlas Grises	7
El Caso Del Regalo De Cumpleaños	11
El Caso Del Atraco Al Banco Muchos Miles	14
El Caso Del Zafiro De Doña Sara	17
El Caso De Las Secretarias Quejumbrosas. .	20
El Caso De la Moto Embarrada	23
El Caso Del Joyero Angustiado	26
El Caso Del Secuestro Del Arquero	29
El Caso Del Ladrón Con Máscara	33
El Caso Del Gato Perdido	35
El Caso De La Estatua Mujer Sentada Pensando.	39
El Caso De La Pagoda De Marfil	41
Soluciones	45

## EL CASO DE LAS LIBRETAS DE NOTAS

El tercero medio A del colegio Buenaventura era un curso bastante revoltoso. Ese viernes entregaban las notas del trimestre, y la señorita Leonor dejó el alto de libretas blancas en una esquina de su escritorio. La localidad de los veinticuatro alumnos fijó sus ojos muy abiertos en ellas: el panorama que presagiaban esas libretas no era muy alentador.

-Tengo rojo en matemáticas -susurró la gorda Marcela.

-y yo en química -cuchicheó Andrés, pálido por encima de sus pecas.

-¡Adiós, fiesta! -suspiró Catalina, soplando con desánimo su chasquilla.

-¡Silencio! -interrumpió la señorita Leonor-. Quiero decirles que en general el rendimiento del curso durante este trimestre ha sido pésimo, y las notas, muy malas... Repartiré las libretas durante la última hora de clases, y tendrán que traerlas firmadas el lunes, sin falta.

La profesora, luego de sentarse en su silla, llamó a Mauricio al pizarrón. El muchacho, que tenía fama de mateo, comenzó a resolver una complicada ecuación, y la clase siguió lenta y pesada.

Media hora después una campanilla animó levemente las sonrisas en los rostros: todos guardaron sus libros y salieron a recreo.

-¿Cómo convencer a la profe para que no nos entregue las notas hasta el lunes? -preguntó Marcela, sin ánimo ni para comer su emparedado de queso.

- ¡Sueñas! -le contestó la lánguida Constanza. Es que el asunto es grave: ¡nos quedaremos sin fiesta, Connie! ¿No te das cuenta?

-¡Claro que me doy cuenta! ¿Por qué crees que estoy tan deprimida? -El gesto de Constanza era de absoluto desaliento.

Se afirmó en la vieja palmera, en una pose de actriz dramática.

En ese momento se acercó Mauricio. -Al paso que van mis porras compañeras -dijo-, tendré que bailar solo en la fiesta si entregan hoy las libretas...

-¡El genio Mauricio! ¡Nunca pierde la oportunidad de hablar de sus maravillosos sietes! -comentó Marcela, dándole la espalda.

-No sean tontas, nenas, si lo único que quiero es que todos vayamos a la fiesta. -Nosotros también queremos. ¿Qué propone el genio? -interrogó Constanza, sin perder su desgano.

-Un ardid para evitar que nos entreguen las libretas -respondió Mauricio, muy serio-o No olviden que tengo que conquistar a Catalina...

Marcela, al oír esto, levantó una mano y gritó:

-¡Eh! ¡Tercero A! ¡Reunión: el genio tiene su plan!

-No seas tonta, Marcela, si usaras más tu cabeza... -Mauricio llevó un dedo a su propia sien y luego se alejó con expresión hosca. Andrés y Catalina se acercaron a las dos amigas, que se habían quedado mudas, contemplando a Mauricio. -Con Catalina hemos estado pensando que hay que evitar, como sea, la entrega de esas notas.

- Otro genio que descubrió la América: ¡todos sabemos que con esas notas hay que olvidarse de la fiesta! -se enojó Marcela-. Pero hasta ahora nadie ha propuesto una solución...

Connie golpeó con rabia el tronco de la palmera, y luego, con un gesto asustado, mostró la yema de su pulgar herido por una pequeña astilla.

-Una que se fue a la enfermería -comentó Andrés.

-Y otra que se va a la biblioteca: tengo que devolver un libro. Catalina partió corriendo. Andrés y Marcela quedaron pensativos. Bueno, no me queda otra que resignarme a un sábado sin fiesta: estoy sentenciado -dijo Andrés con tono sepulcral.

Marcela quedó sola.

-¿Resignación? -repitió para sí-o ¡Ah, no, eso nunca! -y caminó a grandes zancadas en dirección opuesta a la de su amigo.

Al poco rato la campanilla anunció el final del recreo y el comienzo de la última hora de clases. Los alumnos entraron a su sala en forma estrepitosa y cada uno tomó asiento en su lugar. En ese momento, estalló la voz de la profesora:

-¿QUIEN SACO DE AQUÍ LAS LIBRETAS DE NOTAS?

Un silencio total fue la respuesta.

La señorita Leonor insistió, en tono aún más agudo:

-Repito, por si no han entendido: ¿quién sacó de aquí las libretas? Los alumnos se miraron asombrados, pero ni una palabra salió de sus bocas.

La profesora, entonces, se levantó de su silla.

-Niños: esto no es broma. Es gravísimo. Por última vez: ¿quién fue el gracioso o graciosa? Es mejor que se levante ahora...

Ni un suspiro se escuchó. Marcela observaba a sus compañeros en una inmovilidad total. Connie miraba a Marcela. Mauricio disimulaba una sonrisa con Catalina. Andrés rayaba con insistencia la tapa de su cuaderno. Un aire de expectación, mezclado con mal disimulada alegría, flotaba en el ambiente. La voz de la profesora ahora amenazaba:

-Ustedes saben que este es motivo de expulsión, pero les daré una última oportunidad: me iré de la clase sólo por cinco minutos y, si a mi regreso no están las libretas sobre el escritorio, comunicaré el hecho a la Dirección.

Calló unos segundos, y luego prosiguió:

-Les doy una oportunidad para ser honestos. Si se presenta el culpable, el castigo no será tan drástico. Si no sucede así, alguien arrastrará a todo el curso con él.

Y salió de la sala.

En el primer momento nadie habló ni se movió. Estaban todos paralogizados. Hasta que de pronto una figura –conocida por los lectores-se incorporó de su banco y caminó hacia el closet de los útiles. Tomó con ambas manos el alto de libretas, escondidas tras las cajas de tiza, y, ante el estupor de sus compañeros., avanzó hacia el escritorio de la señorita Leonor.

Cumplido el plazo, cuando la profesora regresó, las veinticuatro libretas blancas ya estaban en su lugar.

La señorita Leonor las tomó sin decir ni una palabra. El curso entero estaba pendiente de sus más mínimos gestos. La oyeron suspirar, y vieron cómo trataba, al parecer, de borrar una manchita sobre la primera Libreta. Su cara no reflejaba ninguna emoción; pero a sus alumnos, que ya la conocían, no les cupo duda de que ella estaba decidiendo algo. En ese momento habló:

-Bien..., ahora falta que se presente el culpable.

Como el silencio se prolongaba, la maestra caminó entre los escritorios para observar con detención a sus alumnos. Los niños, nerviosos, se mantenían inmóviles. Catalina apenas si respiraba; Mauricio se mordía el labio; Connie daba vueltas al anillo en su dedo, Andrés retorció el lóbulo de su oreja, y Marcela había cerrado los ojos en actitud de mártir.

Cuando el recorrido hubo finalizado, la voz fue tajante:

-Quiero que sepan que ya me he enterado de quién es el responsable. y dijo un nombre. La profesora no se equivocaba. Con gesto compungido. la persona aludida confesó su culpa.

Hábil lector: la señorita Leonor fue muy sagaz. ¿Qué vio ella en su paseo entre los alumnos que la llevó a descubrir al culpable?



## EL CASO DE LAS PERLAS GRISES

La señora Fernández cumplía cincuenta años, y esa noche recibiría a sus amigos más íntimos a cenar. De pie frente al espejo de medialuna se contempló otra vez. ¿Representaba los cincuenta? Según Álvaro, su marido, nadie diría que sobrepasaba la cuarentena, pero ella, a veces, dudaba de tales afirmaciones. Aunque la vida no le había sido difícil, ni mucho menos, sus ojos ya sin el brillo de la juventud, sus carnes un poco sueltas bajo la barbilla y esas malditas manchas en las manos revelaban a la futura abuela.

Suspiró y terminó de acomodar sus cabellos en un moño. El vestido dejaba ver un cuello desnudo, empolvado y blanco, listo para recibir el regalo de Álvaro. Por supuesto que lo había elegido ella misma, y había sido la primera vez en su vida que una joya le producía tal placer: ¿sería que los años le habían traído también un apego a las cosas materiales? ¿O era un inconfesado deseo de impactar a su amiga Lulú, que se jactaba siempre de tener las joyas más lindas de Santiago? Con una sonrisa derramó gotas de perfume tras sus orejas.

-Adela: ¿no será un poco excesivo esperar a las doce de la noche para entregarte el regalo delante de todos? -oyó la voz de su marido desde el baño.

-Es parte del regalo, querido; el collar, acompañado de la mirada de Lulú, será mi fiesta...

-¡Curiosa amistad la tuya con Lulú! -murmuró Álvaro, frunciendo la nariz. Terminaba de afeitarse.

A las diez de la noche la casa de los Fernández resplandecía de luces y flores. Los invitados comenzaron a llegar. Lulú, la primera, vestida de seda negra con collar y aros de mostacillas que realzaban la palidez de su piel. Lo único de color en ella eran sus largas uñas rojas. Sergio, su marido, hombre barrigón y entrado en años, paseaba con aire distraído mirando los cuadros colgados en las paredes.

-¿Sigues admirando a Pacheco Altamirano, Sergio? --preguntó Víctor Astudillo, haciendo tintinear los hielos en su vaso de whisky.

-Tú sabes, Víctor, que yo me entiendo más con números que con arte-le contestó Sergio, palmoteando el hombro del más bohemio de sus amigos

-Deberíamos asociarnos, Sergio-bromeó Astudillo-. Yo pongo mi ojo de conocedor y tú el capital: tengo un proyecto excelente... ¡Y este sí que no me fallará!

La dueña de casa lanzó una mirada disimulada a su marido: era el mismo Víctor de siempre, a la caza de un negocio que le permitiera vivir y obtener dinero sin esfuerzo.

-Estoy en tiempo de vacas flacas, amigo. -Sergio tenía cierto aire de preocupación-. Por primera vez me he quedado sin dinero para invertir, y te lo digo en serio.

Astudillo levantó los hombros con desaliento, pero hizo un gesto con su mano, como para quitar importancia al asunto.

Adela, entonces, ofreció:

-¿Más whisky, Víctor?

-Sí, gracias. Y si quieres, agrégame un par de cubos de hielo.

En ese momento llegaban los tres invitados restantes: el matrimonio Gómez, jovial y alegre, cantando a coro cumpleaños feliz, y Laura, la amiga soltera de Adela, que pasaba por una de sus crisis existenciales.

-Les anuncio que me vaya Europa: Santiago me ahoga -declaró Laura con sequedad.

¿Te ganaste la lotería, Laura? ¡Invítame! -bromeó Víctor, levantando su ceja derecha.  
-¿Lotería? ¡Ja! Esa siempre se la ganan los ricos, Víctor -contestó ella con gesto escéptico-. Por suerte, existen los créditos.

-Pero los créditos hay que pagarlos -insistió Víctor.

-Ese es problema mío. Y no estoy de ánimo hoy para discutir asuntos materiales.

Venga un champán, querida Adela! Adela miraba el reloj con impaciencia, y los invitó al comedor.

Se sentaron en torno a una mesa ovalada, cubierta por un mantel de encajes: dos candelabros de plata hacían juego con los cubiertos.

Los Gómez, él alto y de bigotes tiesos; ella bajita y de anteojos, no dejaban de hablar ni de contar sus problemas domésticos.

-Mi Martita sueña con un anillo como los de Lulú, pero yo le digo que primero está cambiar el auto y alfombrar la casa -dijo Gómez, moviendo sus bigotes al hablar.

Martita, para apoyar a su marido, estiró su mano desnuda, y dijo con mucha suavidad:

-Mientras tanto, me estoy dejando crecer las uñas.

Víctor hizo tintinear los cubos de hielo dentro del vaso:

-Muy interesante la conversación, pero permítanme interrumpirlos para excusarme por seguir cenando con whisky en lugar de vino: ¡no me gusta mezclar! -Antes la salud que la buena educación -bromeó con estruendo Gómez.

En ese momento Adela miró el reloj, por segunda vez en la noche: eran casi las doce. Hizo una seña disimulada a su esposo. Álvaro, entonces, alzó sus manos, y pidió silencio:

-Adela, ¿qué prefieres? ¿La sorpresa antes o después de la torta?

-¿Sorpresa? -exclamó Adela, fingiendo asombro, aunque inconscientemente tocó su propio cuello-. ¡Por favor, ahora! No quiero ni pensar en las velas que traerá la torta. Álvaro insistió en que no debía fallar ni una...

-¡Ay, tantas velas, qué horror! -se escuchó musitar a Lulú. Álvaro dijo "permiso", y se puso de pie. Demoró unos segundos en sacar un estuche negro de su bolsillo, ante una audiencia expectante. Adela no contenía su nerviosismo y miraba a Lulú de reojo. Cuando Álvaro abrió el estuche, catorce ojos estaban fijos en él.

-¡Oh! -fue el murmullo general cuando apareció la joya: tres vueltas de perlas naturales grises y tornasoladas cubrieron en unos instantes el desnudo cuello de Adela.

-¡Querido...! ¿Cómo pudiste? ¡Gracias! -dijo Adela, poniéndose de pie para besar a su marido y observar a hurtadillas la expresión de su amiga.

-¡Vaya, este sí que es un marido espléndido! Una sola de esas perlas pagaría mi viaje a Europa de ida y vuelta -comentó Laura, amargada.

-¡Alégrate, mujer, alégrate! No siempre una amiga cumple cincuenta años -observó Lulú.

-¡La torta! ¡La torta! -pidió en ese momento la señora Gómez, con tono infantil.

-¡No te apures tanto, Martita!, antes brindemos por esas





perlas: hacía tiempo que no veía algo tan bello y auténtico -interrumpió Víctor levantando su vaso de whisky.

-Tienes una fortuna en tu cuello, querida Adela –comentó Sergio-o Supongo que lo habrás asegurado, Álvaro.

-Aún no... -contestó el aludido.

Los Gómez, mientras tanto, observaban en silencio y abstraídos la triple hilera de perlas grises y nacaradas.

En ese momento entró un enguantado mozo con una enorme torta entre sus manos.

-Apaguen la luz -ordenó Álvaro.

Martita Gómez se levantó y se acercó al interruptor. Bastó un movimiento para que el comedor quedara solamente iluminado por la luz de las cincuenta velitas.

Adela se puso de pie y se acercó a la torta. Los otros la rodearon. Sopló, y cuando apagaba las últimas cinco pequeñas llamas, todos gritaron, y Adela se sintió abrazada por sus amigos.

Entre besos y felicitaciones pasaron algunos segundos hasta que alguien nuevamente dio la luz. En ese momento se oyó el grito:

-¡Mi collar!

Los invitados estaban ahora sentados en el living. Adela, en un sillón, miraba, pálida y nerviosa, a su esposo que se paseaba a lo largo del salón.

-Si es una broma, ya dura demasiado -dijo Álvaro con voz seca-. Ese collar me ha costado varios miles de dólares y debe aparecer ahora.

-¿No sentiste nada en el cuello? -inquirió la señora Gómez, con una mirada asustada tras sus gruesos anteojos. -Bueno, todos me abrazaron. Solamente que..., no, no sé... ¡Estoy tan confundida! -gimió Adela. -Tienes que pensar bien, Adela -habló Álvaro-, esto no es broma.

-Alguien tiene el collar, y de eso no tengo la menor duda.

-¿Por qué no comienzas por interrogar al mozo? -preguntó

Lulú, molesta.

-Eliseo está fuera de cuestión -replicó seguro y aún más serio el dueño de casa-o Está con nosotros hace veinte años, y pongo mis manos al fuego por él. Además, en ese momento, se había retirado.

-¿Manos al fuego, dijiste? -saltó Adela con la voz aguzada-. ¡Eso era!

-¿De qué hablas? -preguntó la voz tensa de Sergio, él su lado.

-¡Manos...! ¡Pero muy heladas! ¡Eso fue lo que sentí en el cuello! ¡Unos dedos muy, muy helados, y luego el pequeño tirón!

Miró trémula a su esposo.

Álvaro observó a sus invitados uno por uno, y se decidió:

-Amigos míos: tendré que llamar a la policía, porque entre ustedes está el ladrón.

Lo que siguió, mientras el dueño de casa se dirigía al teléfono, no es difícil de adivinar: voces airadas, un intento de desmayo de Laura y sollozos de Lulú. Los Gómez, muy juntos, se abrazaban. Laura, recostada en el sillón, miraba con terquedad un punto fijo del cuadro de Pacheco Altamirano. Lulú, con ojos ausentes, jugueteaba con sus cadenas de oro. Víctor sostenía firme el vaso de whisky con hielo que no había abandonado en toda la noche. Sergio, por su parte, sentado junto a la dueña de casa, movía nervioso el pie, frunciendo el ceño.

Pronto se oyeron las campanillas del timbre: la policía.

Cuando el inspector Soto irrumpió en el living, el dedo de Álvaro apuntó a uno de sus invitados:

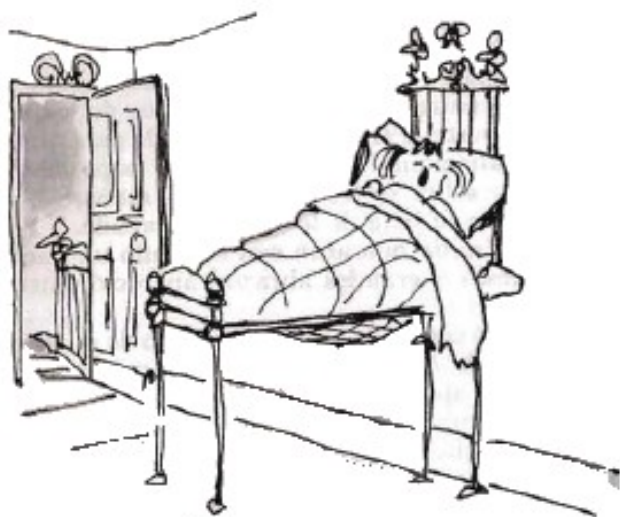
-Creo, señor inspector, que esa es la persona culpable.

y sucedió que no se equivocaba. Las pesquisas del inspector, famoso por su eficiencia -y también por sus grandes orejas-, corroboraron su afirmación.

Y bien, lector, ¿podrías deducir tú -al igual que Álvaro- quién es el ladrón y qué lo delató?

## EL CASO DEL REGALO DE CUMPLEAÑOS

(Idea original de Elvira Balcells, 15 años)



Emilia abrió los ojos muy temprano esa mañana, y su primer pensamiento fue: ¡hoy cumplo doce años!

En la casa todos dormían. Emilia tosió varias veces para ver si su hermana se despertaba; pero ésta, con un almohadón sobre la cabeza, murmuró unas palabras ininteligibles, y siguió durmiendo.

Luego de media hora que le parecieron cinco, escuchó un ruido en el dormitorio de sus papás. Se levantó presurosa, y se dirigió a la sala de baño. Carraspeó al pasar frente a la puerta del dormitorio de sus padres, ahora con mejor resultado:

-¡Emilia! -llamó la mamá.

-¿Síiii? -contestó esta, tratando de parecer casual.

-Emilia, ven, entra -escuchó ahora la voz del papá.

No se hizo esperar, y abrió de inmediato la puerta: en la amplia cama matrimonial la esperaban su papá, con ese mechón que caía sobre su frente todas las mañanas, y su madre, envuelta en su bata de levantarse floreada.

Los ojos de Emilia buscaron con disimulo un paquete que, luego de besos y grandes abrazos, apareció entre las sábanas.

Lo desenvolvió con dedos ágiles, tratando de no romper el lindo papel de seda. Ante sus ojos quedó una cajita ovalada. Alzó la tapa, y allí apareció, entre algodones, ese collar de pepitas azules que tanto había admirado cada vez que pasaba frente a la joyería que quedaba cerca del dentista.

-¡El collar! -gritó, exaltada, abrazando a su madre una y otra vez.

-¿Y a mí no me toca nada? -rió el papá.

-Es que... mi mamá sabía; pero, sí, papito, ¡gracias!

-¿Y yo no sé también, acaso, de tus gustos? -El papá levantó la almohada y apareció un enorme mazapán con chocolate y nueces.

Emilia estaba eufórica. Y esta vez, sin miramientos, corrió a su dormitorio y echó hacia atrás la sábana que cubría el rostro de su hermana.

-Carola, ¡mira! ¡Mira lo que me regalaron...! Carola abrió un ojo y refunfuñó. Hasta que un ruido de campanitas la hizo abrir el otro ojo. Entonces dio un salto en la cama.

-¡Emilia! ¡El collar! ¡Póntelo!

Emilia lo hizo pasar por sobre su cabeza y saltó tres veces en el mismo lugar, como niña chica que aún era:

-¡Mira, qué lindo sonido tiene cuando una se mueve! ¡Es el primer collar de verdad de mi vida! -dijo, encantada con ese ruido cristalino que producían las cuentas al entrechocar-. ¡Lo que van a decir mis amigas!

Las amigas de Emilia llegaron todas juntas a las cinco de la tarde: Claudia, Nena, Carla, Nicky, Tere y Fran. De inmediato corrieron al dormitorio de su amiga para admirar los regalos.

-¡Ohhhhhhhh! -exclamaron Claudia y Tere.  
-¡Qué salvaje! -comentaron Claudia y Nicky.  
Nena, Tere y Fran se acercaron a tocarlo.  
-¿No te lo vas a poner? -preguntó Fran.  
-Ya me lo probé en la mañana. Pero ahora los regalos estarán en exhibición  
-respondió la festejada con una sonrisa.  
Las amigas examinaron la palera de hilo -regalo de la abuelita-; el mazapán, aún intacto; el dibujo de un gato con lazo a lunares, obra de su hermana, y obligaron a Emilia a abrir de inmediato los obsequios que ellas habían traído.  
Después de algunos minutos llenos de exclamaciones y risas en los que todas se probaron todo y dejaron la cama hecha un desastre, pasaron al comedor. Allí una enorme torta de merengue con doce velitas se veía muy tentadora, rodeada de bebidas y confites.  
Luego de comer y beber hasta que la mesa quedó casi vacía, Emilia, muy consciente de su papel de anfitriona, propuso salir al jardín.  
-¿Juguemos a la pelota? -animó Fran.  
-No. Ya les tengo un juego organizado: el saltinotemojes.  
-¿Y qué es eso? -preguntó Claudia.  
-Saltar baldes llenos de agua -explicó Emilia, entusiasta.  
-¿Saltar baldes? ¿Y si nos mojamos? -alegó Nicky, mirando de reojo sus impecables y nuevos zapatos blancos. -¡Eso es lo entretenido! -exclamó Nena, dando un ágil trote con sus zapatillas deportivas.  
-¡Me carga saltar! -comentó Carla.  
-¡Me ofrezco para ser la primera! -gritó Tere.  
Emilia dispuso cuatro baldes en fila y los llenó de agua con la manguera.  
-¡Listo! ¡Toma vuelo, Tere! Tere retrocedió varios pasos y, con expresión de saltadora de vallas, partió corriendo y, de una sola vez, pasó por encima de los baldes, aterrizando sentada, pero seca.  
Se oyó una ovación.  
Todas se animaron. Las amigas, en alegre griterío, iniciaron la competencia con difíciles piruetas. Carla aplaudía sentada en una grada de la terraza, turnándose con Emilia para llevar los cómputos.  
-Va ganando Tere: tres saltos y ni una mojada.  
-¡Espérense a ver esto! -gritó Nicky.  
Y a los pocos segundos se oyó un estruendo seguido de un chapuzón. Una Nicky empapada y mirando sus zapatos con ojos de angustia se levantó del suelo entre baldes volcados. Su rodilla derecha estaba magullada y ella a punto de llorar.  
-Descansa un rato -dijo Nena, levantando los baldes y llenándolos nuevamente con agua.  
Nicky pasó, junto a Emilia y Carla, a formar parte del grupo de las sentadas. Las otras, una a una, siguieron por largo rato entre saltos acrobáticos y gritos estruendosos. Hasta Carola, con su aire de hermana mayor, se había unido al juego y, pese a sus estrechos jeans, logró varios puntos al saltar como una rana.  
La tarde llegó a su fin. Y las niñas, ya cansadas, entraron en el living a escuchar música. Poco a poco el timbre fue sonando y las invitadas se retiraron cada una con una barra de chocolate en la mano, regalo de la mamá de Emilia.  
Eran las ocho de la noche. La festejada, con un bostezo, se dirigió a su dormitorio a guardar los regalos. Miró el desorden de su cama; hurgó entre los pliegues de la colcha y

rescató sus obsequios. Algo llamó su atención. Removió entre los papeles de regalo, miró debajo de la cama, levantó la almohada y la colcha, hasta que se convenció: su collar había desaparecido.

Ante los gritos de la niña llegó toda la familia, el perro incluido. Se unieron a la búsqueda el papá, la mamá y Carola. No hubo caso: el collar no estaba en la casa.

Lector: ¿podrías tú ayudar a Emilia? ¿Se te ocurre cuál de sus amigas podría haber sacado el collar? Y si es así, ¿cómo le diste cuenta?

## EL CASO DEL ATRACO AL BANCO MUCHOSMILES

Seis de la tarde. Juan Rodríguez, el crespo cajero con chaqueta a cuadros del Banco Muchosmiles, terminaba de hacer el arqueo y anotaba unas cifras en su libro de registro diario. Su compañero, Víctor Ponce, de espesas cejas y barba negra -que más lo asemejaban a un artista bohemio que a un empleado de banco-, lanzaba ruidosos bostezos luego de esa mañana agitada: era el último día del mes para pagar impuestos fiscales, y como siempre los clientes habían llegado a última hora.

Se abrió la puerta de la oficina de la gerencia; la señorita Pussy, secretaria de don Pedro Retamales, salió a pasitos cortos, empinada sobre sus cinco centímetros de tacos y alisando su ceñida falda negra, que no contribuía en nada a facilitar sus movimientos.

Juan Rodríguez ni siquiera levantó la mirada. Ponce, en cambio, ajustó su chaqueta y preguntó en tono meloso:

-¿No sobraría un cafecito, por ahí, para un pobre cajero exhausto?

-¡Ay, chiquillos: no pidan café a esta hora! ¡Estoy lista para irme!

-¿Y el jefe? -levantó la voz Rodríguez para preguntar.

-Termina de hablar por teléfono, y también parte...

En esos instantes Retamales, el gerente, salió de su oficina y con voz cortante ordenó:

-Señorita Pussy, avise al guardia que ya nos vamos. Ponce y Rodríguez: ¿están listos? Ponce asintió con un gesto.

-Sí -dijo Rodríguez.

La señorita Pussy, con el abrigo sobre sus hombros, caminó con aire inseguro hacia el guardia que aparecía tras una columna.

-¡Nos vamos, Santelices! -musitó con su voz de gato al alto y fornido guardia que infló un poco más su pecho.

Los cajeros se dirigieron al gerente.

-Señor Retamales, estamos listos para ir a la bóveda -dijo Ponce con tono respetuoso.

Rodríguez, ya con una caja entre sus manos, donde se alineaban clasificados y amarrados con elásticos los distintos billetes, explicó a su jefe:

-Son dieciocho millones y fracción. -Bien. Llévenlos ahora mismo -dijo el señor Retamales, mirando la hora, apurado por irse.

Cuando los dos cajeros se aprestaban a obedecer, la puerta vidriada del banco dejó ver en la calle una camioneta gris que se estacionaba al frente.

-¡Viene el camión blindado, señor! -dijo con gesto de sorpresa el guardián. - ¡No puede ser! ¡Hoy no corresponde! -El gerente frunció el ceño. Pero ya tres hombres vestidos de guardias se acercaban a la puerta de entrada.

Santelices preguntó:

-¿Abro?

-Aguántese un poco -dijo el gerente.

Los hombres, afuera, esperaban.

-Señorita Pussy: llame por teléfono a la central, y verifique si ellos enviaron el camión blindado a recoger el dinero -ordenó el jefe a su secretaria.

Ella, nerviosa, dejó caer el abrigo de sus hombros y tomó el auricular más cercano.

Pero no alcanzó a discar: un estampido hizo añicos el vidrio de la enorme mampara central, y tres hombres irrumpieron, pistolas en mano.

El guardia, rápido, desenfundó su arma. Pero antes de que pudiera apretar el gatillo, un chorro de líquido helado lo paralizó. En medio de una angustiosa respiración que lo hacía toser, Santelices se sintió sujeto de brazos y piernas, y con la presión de una enorme tela adhesiva en la boca. Cayó de bruces al suelo.

Todo esto transcurrió en menos de un minuto; cuando Santelices pudo mirar a su alrededor, vio a la señorita Pussy tiesa en una silla, maniatada y con mordaza, mientras sus enormes ojos maquillados clamaban por socorro. El gerente y los dos cajeros, boca abajo sobre el suelo, también con los pies atados y las manos presas a sus espaldas, miraban a los tres hombres de uniformes azules que huían con las cajas de billetes y subían a la camioneta.

Todos ellos vieron cómo el vehículo se alejaba, raudo, con un chirrido de neumáticos.

No había pasado una hora, y ya el inspector Soto interrogaba a los empleados del Banco Muchosmiles. Estos, sentados frente a él y aún temblorosos, se esforzaban por recordar cada detalle del atraco.

-Sucedió todo como en las películas, inspector-gimoteó Pussy, mien tras se abanicaba con un talonario de depósitos-: primero fue la explosión en los vidrios, luego el pobre Santelices paralizado, y yo... tratada a empujones y sin ningún miramiento...

-Usted habla de vidrios quebrados, señorita, ¿y no oyó el ruido de las alarmas? Los cinco empleados se miraron con desconcierto. En verdad, nadie había escuchado los timbres de alarma. El inspector anotó algo en su libreta, y volvió a levantar la cabeza, aún en espera de respuesta.

Santelices, el guardia, dijo inseguro:

-Las revisiones al sistema de alarma son diarias. Yo lo revisé a las tres de la tarde. Y nadie extraño al banco conoce su funciona mien Lo.

-Entonces, es evidente que alguien del banco desconectó el sistema. -La voz autoritaria del señor Retamales tenía un tono de incredulidad.

-Exactamente, señor, y no hay que ser demasiado perspicaz para darse cuenta de ello -Soto los miró, inquisitivo, y añadió-: ¿Solamente ustedes cinco estuvieron aquí en la tarde?

-Sí, hoy sí... -respondió la hablantina señorita Pussy, tratando de acomodar su melena ondulada.

-Bien, bien. -Soto acarició el lóbulo de su oreja-o Necesito, con detalles, la versión de cada uno de ustedes del atraco.

-¡Ya se la di! -advirtió la secretaria, algo asustada.

-Contó sólo el principio: siga adelante -dijo el inspector, tranquilizándola con una sonrisa. -Bueno, a ver si no me falla la memoria... Luego que uno paralizó al pobre Santelices con ese aerosol horroroso -¡Y no se imaginan cómo tosía!- el otro nos encañonaba, mientras que un tercero nos amarró uno a uno, de pies y manos. A mí me dejaron en esta misma silla, con una tela en la boca, y, a los demás, incluyendo a mi jefe, los lanzaron al suelo de un solo empujón... ¡Y se mandaron cambiar con el dinero!

-¿Alguien quiere agregar algo a lo dicho por la señorita? -interrogó Soto.

-Yo difícilmente podría aportar mucho, ya que ese maldito gas me dejó fuera de combate y con la mente confusa: sólo trataba de recuperar mi respiración -expresó el guardia, con aire cabizbajo-. ¡Ese condenado aerosol fue más rápido que mi pistola!

-¡Recuerdo que uno de ellos era muy alto, moreno y con enormes ojos oscuros! Podría decirse que tenía aire oriental -advirtió el gerente.

-¡Ay! ¡Qué horror! No vayan a ser terroristas... ¿Se imaginan que me hubieran raptado? -gimió Pussy.

-Los tres eran morenos y de cuerpos más bien fornidos -siguió Ponce-. Y si mal no recuerdo, uno tenía un lunar entre los ojos, sobre la nariz.

-¿Y usted, qué me puede decir? -El inspector miró a Rodríguez.

-Corroboro lo que dicen mis compañeros, y creo que puedo agregar algo: estoy casi seguro de que la patente era EE o sea, de la comuna de La Reina. También leí los números, pero con el nerviosismo no pude retenerlos.

El inspector se veía pensativo. -A ver, hagamos una reconstrucción de escena -dijo, luego de unos instantes. Abrió su libreta en una página en blanco, y se preparó a dibujar.

Los empleados se pusieron de pie, salvo la señorita Pussy, que continuó en su asiento. Los cuatro hombres tomaron la misma posición en que los habían dejado los asaltantes: el señor gerente y los dos cajeros, tumbados en el suelo como sapos, mientras Santelices, también contra el piso, tosía en forma estrepitosa para hacer más veraz la escena.

El lápiz del inspector trabajó a toda velocidad. Una vez terminado el boceto se quedó contemplándolo unos minutos. -Ustedes dicen que la camioneta estaba estacionada frente a la puerta, ¿no? -puntualizó.

-Exactamente -respondió Ponce.

-¿Así? -y Soto levantó su dibujo para que todos lo vieran.

-¡Así! ¡Ay, qué bien dibuja, inspector, me hizo igualita! -se admiró Pussv. -o sea, en el dibujo no hay ningún error -insistió el inspector.

-Yo diría que está perfecto -respondió Rodríguez.

-Malo, malo, malo... -musitó Soto, y siguió mirando el dibujo.

Los cajeros se miraron entre ellos y la muchacha suspiró muy fuerte. El gerente se mordía las unas. Hasta que, de pronto, los ojos de Soto se iluminaron y sus orejas parecieron crecer.

-Por este dibujo, que todos han aprobado como fiel a la realidad, debo decirles que uno de ustedes mintió. Eso delata a alguien que quiere entorpecer mi labor. Y ese alguien es usted.

Su dedo casi tocó la nariz de la persona aludida. El personaje acusado se defendió y negó su culpabilidad. Pero luego de un largo interrogatorio, que duró todo el día siguiente, la verdad salió a relucir.

Soto, otra vez, tenía razón. Y quien había desconectado el sistema de alarma para facilitar el trabajo de los ladrones terminó confesando su acción.



Lector: ¿qué hay en el dibujo de Soto que lleva a la evidencia de que uno de los empleados mintió?



## EL CASO DEL ZAFIRO DE DOÑA SARA

(Idea original de Elvira Balcells)

Érase una vez una vieja muy sola. Tenía por única alegría vivir de sus recuerdos. Todas las noches, antes de acostarse, abría la antigua arca de madera tallada para contemplar los vestidos que usó en su época de gloriosa juventud, en compañía de su marido ya muerto.

Muchas veces, frente al espejo, con la túnica de seda india sobrepuesta sobre su empequeñecida figura, se imaginaba nuevamente a punto de salir a uno de esos saraos organizados por sus excéntricos amigos. ¡Qué diferencia, la de esa vida mundana que la hacía llevar su esposo, con la solitaria vejez del presente! Entonces, la triste anciana, en vez de buscar el consuelo de un amigo -pues ya no le quedaban-se aferraba una vez más a una vanidad: su cajita de oro, símbolo para ella de un antiguo esplendor. Así, todas las mañanas, lo primero que hacía era coger del velador su dorado objeto y hablarle como si éste tuviera vida.

Ese martes doña Sara amaneció con un pequeño malestar en el pecho.

-Es por culpa de Roberto -se confió a la cajita, luego de levantar su tapa-o Este sobrino mío, siempre con sus problemas de dinero que yo no puedo solucionar... Es que Nidia, su mujer, es tan exigente...

Doña Sara palpó su garganta: le pareció que el dolor ascendía por su cuello, y apretaba como una gargantilla. Aunque no eran ni las siete de la mañana, se decidió a llamar a la empleada; pero, antes de hacerlo, volvió a tomar la cajita con manos temblorosas y susurró:

-Mañana seguimos conversando, me siento muy mal..., y no debo arriesgarme a que sepan de ti.

En respuesta, un ojo resplandeció: incrustado en un engarce de oro, en el fondo de la caja, un enorme zafiro lanzó sus destellos azules.

La vieja sintió los pasos de Gladys que subía la escalera.

Entonces cerró de un golpe el valioso objeto y lo guardó en el fondo de su velador. En el momento en que iba a echar llave a la cerradura del cajón, nuevamente un dolor la atenazó.

Cuando Gladys entró en la pieza, doña Sara, desplomada sobre su almohadón, yacía sin sentido. A los gritos de la muchacha llegó Petronila, la cocinera, que corrió hacia el lecho. Tocó las manos frías de su patrona e inclinó su cabeza para escuchar su respiración: la anciana emitía un débil quejido.

-Llama a la ambulancia -ordenó a la joven con voz de mando-. La señora se nos muere...

Gladys salió corriendo.

Doña Sara abrió los ojos. Cerca de la ventana, una enfermera, con su blanca cofia iluminada por los rayos de la luna, se mantenía en silencio. La anciana trató de hablar.

-Shhh... tranquilita -dijo la enfermera en tono amable, poniéndose rápidamente de pie para encenderla luz del velador.

Observó el rostro de la viejita y, luego de humedecer un algodón con agua, lo pasó por esos resecos labios.

-La cajita..., la cajita...

-¿Quiere agüita, señora? -susurró la mujer.

-La llave...

-Tranquila, señora, le vaya dar agüita de la llave.  
Doña Sara hizo un enorme esfuerzo y se incorporó a medias en la cama.  
-¡Me lo robaron! ¡Lo soñé!  
En ese momento, Roberto abrió la puerta de la pieza.  
-¡Tía! ¿Cómo está? -Su cara se veía preocupada.  
-Robertito, por favor, sé que me robaron el zafiro de la cajita. Necesito que revisen el velador: la llave está puesta. Si ha sucedido lo que pienso, llama a la policía...  
La anciana perdió aliento.  
Roberto se acercó entonces a su tía:  
-Tía, no se agite... ¿Por qué se imagina esas cosas?  
-Lo soñé, hijo..., lo soñé.  
-La voz de doña Sara era imperceptible.  
-Pero, tía ... -Roberto esbozaba una sonrisa.  
-Roberto, la policía... Roberto: te lo ordeno. El sobrino alzó la mirada y se encontró con los ojos de la enfermera.  
Roberto levantó los hombros y la mujer le murmuró:  
-Sígale la corriente. No es bueno que se agite.  
Pero doña Sara alcanzó a oírla:  
-No, Roberto, no me engañes. ¡Llama a la policía!  
-No la engañaré, tía: iré a su casa y revisaré el velador. Si no está su joya, avisaré a la policía. Se lo prometo. Aunque estoy seguro de que nada ha sucedido.  
El sobrino palmeó con cariño un brazo de la enferma. Esta suspiró, aliviada, y cerró los ojos.  
A las ocho de la mañana el inspector Soto estaba en el oscuro salón de doña Sara, con la cajita cerrada entre sus manos...  
Petronila, la cocinera, con su albo delantal sobre el uniforme verde, decía con voz gruesa y firme:  
-Pobre señora, pobre señora... Primero la enfermedad, y ahora esto.  
Roberto, con una sonrisa un poco forzada, acotó:  
-Tengo las mejores referencias de usted, inspector Soto. Sé de sus muchos casos resueltos con gran éxito.  
Soto carraspeó y movió sus grandes orejas.  
-¿Alguien más estuvo ayer en esta casa? -preguntó. Y con un leve movimiento de su índice levantó e hizo caer la tapa del dorado objeto con un crujir de bisagra.  
-Aparte de la Gladys y yo... ¡usted, pues, don Roberto!  
Soto desvió la mirada hacia el joven.  
-¿Y a qué vino?  
-Bueno..., a ver a la tía. Y entonces me enteré de que ella estaba en la clínica.  
-¿La viene a ver muy a menudo?  
-Es mi única tía, y la quiero mucho.  
-Pero, ¿cuán seguido la viene a visitar?  
-Como una vez al mes.  
Soto meditó.  
-¿Podría venir Gladys, señora Petronila?  
La mujer caminó con lentitud y su gruesa voz retumbó en la casa:

-¡Gladys! ¡Niña, ven rápido! -y regresó junto al inspector, murmurando-: A estas jóvenes modernas lo único que les interesa es la ropa y el peinado. ¡Seguro que se está arreglando!

Petronila no dejaba de tener razón: la muchacha venía muy maquillada y a su paso dejaba un fuerte olor a perfume.

-¿Síiii?

-¿Sabe usted por qué estoy aquí? -fue la pregunta de Soto.

-¡Ni idea! -sonrió la muchacha con displicencia.

-¿Usted sabía lo que guardaba su patrona en esta cajita?

-¡Ni idea! ¡No la había visto nunca! La señora es bastante desconfiada, y tiene la manía de guardar todo con llave.

-En eso la Gladys tiene razón -comentó Petronila con tono resentido.

El inspector se dirigió a la cocinera:

-¿Y usted, Petronila, sabía lo que guardaba la sellara aquí adentro?

-Bueno, yo había visto esa cajita, pero cerrada. ¡Quién se iba a imaginar que había una joya adentro!

-Yo lo sabía, inspector, y tantas veces le dije a mi tía que ese no era un lugar para guardar algo así. -El índice ele Roberto frotó con nerviosismo su barbilla.

El inspector no respondió. Miraba con insistencia la punta de su zapato.

-Perdón, pero ¿qué guardaba exactamente ahí la señora? -preguntó Gladys.

-Bueno, don Roberto sabe... -comento Petronila con expresión maliciosa.

-Un valiosísimo zafiro azul -respondió el sobrino, muy serio. Gladys emitió un silbido, y Petronila se llevó una mano al pecho:

-¡Qué descuido!

Se produjo un silencio, Todos miraron al inspector rascarse pacientemente su oreja izquierda mientras miraba un punto fijo en el techo.

-¿Dónde está el teléfono? -dijo al fin, solemne.

Gladys, con su índice, mostró uno sobre la mesita de caoba.

Soto discó un número. Luego de unos instantes, su voz sonó seca:

-¿Aló? ¿Raúl Olave? Aquí Soto, Envía de inmediato un radiopatrullas a Irarrázaval 4074. Sí, por supuesto; tengo al ladrón.

Lector: es tu turno para dilucidar el misterio. ¿Quién robó *el* zafiro azul de doña Sara? ¿Gladys, Petronila o Roberto? Responde, y da tus razones.



## EL CASO DE LAS SECRETARIAS QUEJUMBROSAS

- ¿Aló? El inspector Soto, por favor.
- Con él, dígame.
- ¡Hola, Heliberto! Habla Juan Mancilla.
- ¡Juan! ¡Gustazo, hombre! ¿En qué te puedo servir?
- ¡Problemas! Necesito tu ayuda...
- Dime.
- Esta mañana hubo un robo en la oficina: ¿podrías venir a verme?
- ¿Se ha movido alguien desde el momento en que lo descubriste?
- Desgraciadamente, creo que me di cuenta muy tarde: estuvo la hora de colación de por medio.
- ¡Lástima! Estaré allí lo antes posible.
- Gracias, viejo.

El señor Mancilla salió de su despacho, y cuatro secretarias vestidas de verde y azul lo miraron expectantes.

-El inspector Soto estará aquí en un rato más, señoritas. Háganlo pasar. Mientras tanto, Silvia, pásame las llamadas pendientes.

No habían transcurrido diez minutos cuando Soto, de terno gris y corbata de humita, se presentaba en la oficina de abogados Mancilla y Hermosilla.

-¿El señor Mancilla? -preguntó Soto, cortés.

-¿De parte de quién? -inquirió una secretaria rubia, solícita.

-Heliberto Soto.

-¡Ah, sí! Tome asiento, por favor. El señor Mancilla está hablando por teléfono. Lo recibirá en cinco minutos. -La secretaria dio una rápida mirada al tablero de la centralita telefónica que marcaba una luz roja.

El inspector tomó una revista y se hundió en un sillón de cuero. Se sumió en una atenta lectura.

Una de las secretarias se quejó. Soto, abstraído, ni siquiera levantó la cabeza.

-¿Qué te pasa, Rebeca? -preguntó una morena de moño.

-¡Otra puntada en el oído! -y la aludida se llevó la mano derecha a su oreja.

-¡Si supieras cómo me duele a mí la cabeza, después de la escenita de esta mañana! -comentó Silvia, bajando la voz y mirando de reojo al inspector.

-¿Quién tiene una aspirina? -se oyó una tercera voz.

-¿Qué te duele a ti, Pamela? -preguntó Rebeca.

-La famosa muela del juicio -respondió esta con cara de sufrimiento.

-Te cambio tu dolor de muelas por mi maltratada columna...

¡Anoche creí que me moría! -refunfuñó Ángela, sobando sus espaldas con ambas manos.

-A ver: ¿qué hay aquí?-dijo Rebeca, abriendo el cajón de su escritorio-. Recurramos a nuestro botiquín de urgencia: ofrezco pomada antiséptica, parches curitas, crema humectante para cutis seco, aspirinas, gotas para la otitis, colirio para los ojos, a ver, a ver..., pastillas de carbón, alcohol...

En ese momento una campanilla anunció que la línea telefónica estaba despejada, y Silvia anunció:

-Señor Soto, haga el favor de pasar.

Soto se puso de pie lentamente y avanzó hacia la oficina de su amigo. Cerró la puerta tras él y se encontró con el rostro preocupado de Mancilla que lo saludaba con su mano extendida.

-Soy todo oídos -señaló el inspector, rascándose con energía lóbulo de su oreja izquierda.

Juan Mancilla comenzó su relato.

-Esta mañana me llamó mi socio, Raúl Hermosilla. Me dijo que había olvidado su billetera en la que había un cheque abierto por quinientos mil pesos, en el primer cajón de su escritorio. En ese momento recibí un llamado de mi señora -que no fue en realidad muy corto- y cuando fui a la oficina de mi socio ya el cheque no estaba en la billetera.

-¿Y las secretarias?

-En ese instante habían partido a almorzar.

-¿Cuánto rato, más o menos, hablaste con tu señora?

-Mínimo un cuarto de hora: había un problema con uno de nuestros hijos en el colegio...

-¿Quién más puede haber oído la conversación con tu socio? - Soto ahora rascaba su otra oreja.

-¡Nadie más! Es una línea directa a mi despacho que no pasa por la central telefónica de la secretaria, aunque..., ahora que lo pienso...

-¿Sí?

En el segundo piso hay una oficina en desuso, cuyo teléfono tiene una doble línea con este, pero nadie lo ocupa.

-¿Qué hay en esa oficina?

-Muebles viejos y un pequeño baño.

-Entonces está claro, pues, hombre. ¡Alguien escuchó tu conversación por el otro teléfono! -exclamó Soto-. ¿No escuchaste un clic?

-En realidad no me di cuenta de ese detalle -dijo el abogado, confuso.

-¿Podríamos visitar esa oficina? -pidió el inspector.

-Por supuesto.



Las cuatro secretarias vieron pasar a su jefe, seguido del orejudo inspector, que inclinó levemente su cabeza ante ellas. Luego ambos subieron por una estrecha escalera, hasta llegar a un pequeño cuarto que parecía abandonado, tal era el polvo que cubría escritorio y estantes. En el fondo de la pieza había una puerta que Soto abrió: era el baño. Se volvió hacia su amigo.

-¿Y el teléfono? -preguntó, mientras buscaba a su alrededor.

Mancilla le indicó una pequeña mesita, arrinconada junto a la ventana. El inspector Soto se acercó y miró el aparato telefónico, sin tocarlo.

-¡Las huellas digitales! -gritó Mancilla, sonriente.

-No te hagas ilusiones, mi amigo. ¿Notas que el auricular está limpio, mientras que el resto del artefacto está lleno de polvo? Estamos ante un ladrón que sabe lo que hace.

Entonces Soto, con mucho cuidado, levantó el fono. Con mirada de lince lo examinó de cerca, y algo llamó su atención. Tocó con la yema de su índice la parte superior del auricular, entre los pequeños orificios para escuchar. Luego olió su dedo y lo frotó contra la yema del pulgar.

Cerró los ojos para pensar. Cuando los abrió dijo:

-Aunque no me lo creas, amigo, el caso está resuelto. Una de tus secretarias tendrá mucho que explicar.

Lector: Algo advirtió Soto en el auricular que lo llevó a identificar a la culpable. ¿Podrías tú decirnos qué? ¿Identificaste, tú también, a la secretaria culpable?

## EL CASO DE LA MOTO EMBARRADA

Marcelo, Gonzalo, Ignacio y Felipe rodeaban la moto negra y brillante de Rodrigo. Marcelo clavaba sus ojos extasiados en los rayos de las grandes y potentes ruedas que hacían adivinar la velocidad que podían alcanzar. Gonzalo acarició el manubrio, tocó con la punta de sus dedos el acelerador manual, y elevó sus cejas en un gesto de admiración.

-¡Fiuu!-silbó Felipe, con las manos en los bolsillos de sus parchados jeans.

-¿Puedo probarla? -preguntó Ignacio con ansiedad.

-¡Nones! Ese es mi privilegio -fue la respuesta categórica de Rodrigo.

-¡No seas mal amigo! -dijo Gonzalo, entre serio y bromista.

-No soy mal amigo: ¡ni yo la puedo usar aún! Prometí a mi papá que no andaría en ella hasta no tener licencia de conducir.

-O sea, que nunca la vamos a usar -dedujo Marcelo, con gesto de desaliento.

-Me temo que no todavía si no tienen tampoco la licencia -se encogió de hombros Rodrigo.

Los amigos se quedaron en silencio.

-¿Te imaginas el impacto que yo causaría en Francisca si me viera llegar en esa moto? -suspiró Gonzalo.

-¡Fiuuu! -fue la respuesta de Felipe, aún con sus manos en los bolsillos y acariciando la moto, ahora con su mirada.

Rodrigo golpeó sus palmas.

-Bueno, por hoy se guarda -dijo, mientras empujaba suavemente el vehículo hacia el garaje-. ¡Acuérdense de la prueba de química de mañana!

-¡Tener una moto nueva y pensar en estudiar...!-comentó Marcelo.

-¿Y vas a dejar la llave puesta? -se sorprendió Ignacio.

-¿Estás loco? La dejaré escondida. -y Rodrigo colgó la llave en un clavo, bajo un mesón atiborrado de botellas y tarros de pintura viejos.

Luego de dar una última ojeada a la moto y de preguntar a su dueño todo tipo de detalles técnicos, los amigos volvieron a recordar su prueba de química, y se despidieron apresurados. Ignacio, Marcelo, Felipe y Gonzalo se alejaron arrastrando sus zapatillas deportivas, las manos en los bolsillos de los gastados jeans. Uno a uno fueron entrando en sus casas del barrio.

Cuando Marcelo, el último en traspasar la reja de su antejardín, llegaba a la puerta de entrada, la lluvia comenzó a caer copiosa.

A las once de la noche, un par de zapatillas blancas saltaron, esquivando charcos, y llegaron hasta el garaje de Rodrigo. Una mano nerviosa abrió la puerta y buscó bajo la mesa con botellas y tarros. Luego, la figura enfundada en jeans empujó silenciosa la moto hacia la calle solitaria.

Dos horas después, la misma figura repetía la operación, pero a la inversa. Después corrió por el barrio, y una puerta se cerró con un tenue chasquido.

A la mañana siguiente, los cinco amigos se levantaron temprano para ir a clases. Pero Rodrigo, antes de salir, abrió el garaje para dar el primer vistazo del día a su flamante moto. De inmediato, algo llamó su atención: las relucientes ruedas del día anterior y los impecables cromados que habían despertado la admiración de sus amigos, se veían ahora llenos de salpicaduras de barro. Su ceño se endureció y buscó las llaves: allí estaban, en el

mismo lugar donde él las había dejado. Tuvo un momento de indecisión, pero miró la hora y salió corriendo para alcanzar al bus que pasaba por la esquina.

Su único pensamiento, durante el viaje hacia la universidad, fue tener una rápida reunión con sus amigos y aclarar con ellos el misterio. Alguien tendría que explicar muchas cosas, porque -no cabía duda- uno de ellos había sacado durante la noche su fabuloso regalo.

Luego de la prueba de química, que fue difícil y larga, los cinco estudiantes de primer año de ingeniería se reunieron en la casa de Felipe, invitados por este a tomar unas bebidas. Todos bromeaban, ya relajados de haber pasado la prueba. Menos Rodrigo, que miraba hosco a cada uno de sus compañeros.

-Ánimo, hombre, ¡tan mal no te puede haber ido! -bromeó

Marcelo, dirigiéndose al serio amigo. -Estás con cara de funeral-comentó Gonzalo, subiendo el volumen de la música.

-¡Y teniendo esa moto, andar así me parece increíble! -El tono de Felipe era de enojo.

Ignacio, por su parte, sólo se encogió de hombros, mientras tomaba un sorbo de su bebida.

Rodrigo se puso de pie y apagó con gesto brusco el equipo de música.

-Tengo que hablar con ustedes a propósito de la moto -comenzó.

Todos lo miraron, extrañados de su gravedad.

-¿Qué te pasa, Rodrigo?-preguntó Felipe, sirviendo más bebidas en cada vaso.

-Alguien sacó mi moto anoche y la dejó toda embarrada -dijo bruscamente Rodrigo.

Los otros se miraron en silencio y, antes de que dijeran algo, Rodrigo insistió, con tono duro.

-Necesito que cada uno de ustedes me diga lo que hizo anoche.

-¿Y por qué dudas de nosotros? -habló primero Ignacio, levantando hombros y manos en un gesto de extrañeza.

-Porque son los únicos que conocían el escondite de las llaves.

-¡Medio escondite! -se escuchó decir a Marcelo.

-¿Qué hiciste anoche, Marcelo? -preguntó entonces el dueño de la moto.

-Yo, mi viejo, comí, me acosté, intenté estudiar en la cama... y me desperté esta mañana con el libro en la cara.

-Lo que es yo, me dediqué a estudiar y luego me relajé con un superbaño de tina, antes de acostarme -dijo Felipe.

-Yo, después de estudiar, vi la última película de la noche... Claro que no me pregunten cómo se llamaba, porque era de esas antiguas... -explicó Ignacio.

-¿Y tú, Gonzalo? -preguntó Rodrigo, serio.

-Yo, fui a ver a Francisca. Tengo derecho a pololear, ¿no?

-¿Hasta qué hora? -volvió a inquirir Rodrigo.

-Hasta las., ¿Once, serían?, ¡qué importa! De ahí, derecho a estudiar química.

En ese momento los muchachos se pusieron de pie para saludar a la mamá de Felipe que entraba en el living. -¿Qué tal? -dijo ella, afable. Y dirigiéndose a Marcelo, añadió:- Parece que hubo barullo anoche en tu casa...

-¿Barullo? -se sorprendió el aludido.

-¿Cómo? ¿No te enteraste?

La expresión de Marcelo era de real consternación.

-Es que soy de sueño pesado... y salí tan temprano en la mañana... ¡Nadie me dijo nada!

La señora sonrió.



-¡Estos jóvenes! Sucede que a tu mamá anoche le dio un ataque a la vesícula, y el doctor López, nuestro vecino, tuvo que ir a verla... Claro, lindo, no quisieron despertarte... ¿Y cómo les fue en la prueba?

Los amigos abrieron la boca para responder al torrente de palabras de la señora, pero ésta, sin dar lugar a que otro hablara, siguió, dirigiéndose a Gonzalo:

-Lindo, supe que Francisca está con hepatitis.

Todos miraron a Gonzalo.

-¿Y cómo no nos habías contado? -preguntó Felipe.

-¿Y por qué tenía que contarles? -se defendió el amigo, algo molesto.

-Tan reservado este niño... -siguió la mamá de Felipe-. Me dijo la señora del doctor Pérez que tenía para dos meses de cama... -Y, cambiando el tema, gritó hacia la cocina-: Laura, ¿es el cartero el que acaba de tocar el timbre?

-No -se oyó una voz joven-. Es el gásfiter que viene a ver por qué el califont no funciona...

-Ah, ¡finalmente!, porque ayer lo esperamos durante el día entero. Ojalá que no suceda lo mismo con el electricista, porque después del corte de luz que tuvimos anoche, algo pasó con la lámpara del baño... ¡Todos los desperfectos vienen juntos! ¿A ustedes no se les cortó la luz anoche? -preguntó dirigiéndose a todos a la vez.

Los jóvenes, un poco mareados con tanta conversación, se encogieron de hombros, menos Ignacio, que contestó, amable:

-Solamente parpadeó un poco, mientras veía la película...

-¿Tú también viste esa película maravillosa de la Doris Day? -Inició una nueva conversación la señora.

-Sí, sí, claro -respondió Ignacio, mirando de reojo a Marcelo, con cara de "¡hasta cuándo!".

Por suerte, para los muchachos, la voz de la empleada, desde la cocina, se volvió a escuchar:

-Señora, ¿podría venir?

Ella entonces, prometiendo volver más tarde, salió de la habitación.

Rodrigo, cabizbajo, miraba los dibujos de la alfombra. Cuando levantó la cabeza, sus ojos se clavaron en uno de sus amigos.

-Ahora sé que fuiste tú -afirmó.

El rostro de uno de los muchachos enrojeció:

-Perdóname, no aguanté la tentación -dijo de inmediato.



Lector: ¿Cómo supo Rodrigo quién había sacado su moto? ¿Cuál de sus amigos, evidentemente, mintió?

## EL CASO DEL JOYERO ANGUSTIADO

Ya estaban cerrando los locales comerciales de la calle Providencia y las pesadas cortinas metálicas caían una tras otra. En el interior de la joyería El Zafiro Azul, don Pablo Levi daba las últimas recomendaciones a su fiel ayudante Timoteo:

-Cierra tú, por favor. Estoy muy cansado, y me iré directo a la cama: no me quiero perder, además, las noticias de esta noche en la televisión.

-Váyase tranquilo, don Pablo. Yo me encargo... -le contestó el viejo con voz cansada.

Pablo Levi se abotonó el abrigo con cuidado, encendió un cigarrillo y recorrió el lugar con la mirada. Todo parecía estar en orden: la caja fuerte cerrada, las joyas bajo llave en sus escaparates, los catálogos ordenados y en su lugar.

-Recuerda que mañana temprano vienen a reparar el sistema de alarma -fueron sus últimas palabras, antes de salir.

El viejo empleado refunfuñó en voz baja y comenzó a pasar la aspiradora por la alfombra. Unos golpes lo hicieron levantar la cabeza: eran dos señoras de aspecto elegante, que con sonrisas y gestos pedían entrar. El viejo les mostró su reloj y negó con la cabeza. Como ellas insistieran, Timoteo señaló el cartel que decía "Cerrado" y les dio la espalda.

Las señoras hicieron un gesto de desaliento, y se alejaron del lugar situado frente al escaparate: fue rápidamente ocupado por un vagabundo que se recostó junto a la pared.

Timoteo terminó de hacer el aseo, pasó el plumero por sobre los mostradores, se quedó contemplando por unos instantes un collar de malaquita y plata -un tanto llamativo-, y arrastró sus pies hasta el perchero donde colgaba su abrigo.

Apagó las luces, bajó la reja que protegía la entrada -pero no la visión de las joyas que brillaban débilmente sobre el pequeño escaparate-, dio tres vueltas a la llave del candado, y se la guardó en el bolsillo. Echó una mirada distraída al hombre que acurrucado contra la pared roncaba con estruendo, y se sobresaltó con la bocina de un bus que casi pasa a llevar a un camión de mudanzas estacionado frente a la joyería. Miró el cielo negro y amenazante, se subió el cuello de su abrigo, y caminó con pasos lentos hacia la estación del metro más próxima.

Con la primera llovizna los transeúntes fueron desapareciendo. Sólo quedaron el vagabundo y los hombres del camión, que reían con estruendo. Cuando la lluvia comenzó a caer más fuerte se apagaron súbitamente los faroles de la calle, frente a la joyería, y el tipo echado en la vereda, ya sin luz sobre su cabeza, se acomodó aún más sobre su bolsa de trapos y, sin importarle la lluvia, siguió durmiendo.

Al día siguiente, muy temprano, el teléfono del inspector Soto comenzó a sonar, insistente. Este dejó, con desgano, la taza de café sobre el platillo, y levantó el auricular:

-Investigaciones..., ¿sí? ¿Dónde, dice? ¿Providencia? El Zafiro Azul.... ¡correcto! Allá vamos, señor...

La joyería El Zafiro Azul estaba acordonada por la policía. En su interior, con el rostro tenso y demostrando angustia, Pablo Levi miraba por turnos el escaparate desnudo, el candado roto de la cortina metálica que tenía entre sus manos y el vidrio quebrado del escaparate.

-¿Me creerá que hoy vendrán a arreglar la alarma? ¡Parece una burla! -gimió el dueño de la joyería, dirigiéndose al inspector.

Soto elevó sus cejas y se dirigió al viejo empleado.

-Vamos por orden, primero usted. ¿Cuáles fueron sus movimientos desde que don Pablo lo dejó solo en la tienda?

El viejo parpadeó, asustado. La barbilla le temblaba y parecía no coordinar sus ideas. Luego de un largo silencio, que el inspector respetó con paciencia, el viejo balbuceó:

-Yo... pasé la aspiradora y... nada más.

-Piense bien, hombre, con calma. No lo estamos acusando. ¿No vio nada sospechoso?

-Llevo treinta años al servicio de don Pablo.

-Por eso mismo tiene que ayudar. Haga memoria de cada uno de sus movimientos.

-El viejo cerró los ojos y pareció concentrarse:

-¿Será importante decir que no dejé entrar a dos señoras...?

-Todo es importante. ¿A qué hora fue eso? - insistió Soto.

-Antes de que llegara el hombre vago...

-¿El vago? -saltó el dueño-. ¿Qué vago, Timoteo?

-Uno que se acostó a dormir apoyado en la pared de la vitrina.

Los ojos del viejo miraron asustados.

-¿Y cómo no lo echaste?  
-recriminó Levi.

-No pensé... Además estaba lloviznando y... ¡Perdón...!

-Inspector -dijo Pablo Levi, serio-o  
¡Hay que buscar a ese vagabundo!

-Calma, señor Levi, ya haremos todo lo necesario. ¿Sería tan amable de decirme usted lo que hizo anoche?

-¿Yo? Bueno, dejé la tienda un poco más temprano que de costumbre, porque quería llegar a ver las noticias... En realidad trataba de aprovechar el silencio y paz de mi casa, ahora que la familia está de vacaciones...

Levi se interrumpió y ocultó en las manos su rostro.

-¡Usted no sabe, señor inspector, lo que esto significa para mí!

-¿No tenía las joyas aseguradas? -preguntó el inspector.

-Sí, si, pero... ¡Es primera vez que me sucede algo así y usted comprenderá, inspector...!-Y un puño de Levi golpeó el vacío con impotencia.

-Bueno, volvamos a lo que hizo anoche -repitió Soto.

-¿Qué más quiere que le diga? Me pasé viendo televisión hasta las dos de la mañana y luego... a dormir. ¡Si hubiera sabido lo que estaba sucediendo aquí...!

El inspector dio unos pasos por la habitación y examinó la vitrina: trozos de vidrio se veían aún sobre la acera, y una piedra era, ahora, la única joya que lucía sobre el tapiz de terciopelo azul del escaparate.

-¿Seguro que no quieren agregar algo más a su declaración? -dijo Soto mirando al dueño y al ayudante.

-Bueno... Había un camión de mudanzas estacionado al frente -dijo Timoteo, aún tembloroso.



-¿Y cómo no lo habías dicho antes, Timoteo? ¡Eso puede ser vital! -habló Levi, exaltado.

-Sí, sí, todo es vital.

Me pregunto qué había una empresa de mudanzas a una hora tan poco usual-murmuró el inspector.

-¡Es seguro que tiene algo que ver! -exclamó Levi-. Y se aprovecharon de la oscuridad de la acera y de la falta de alarma. ¡Las condiciones ideales!

Las palabras de Levi hicieron que Timoteo levantara de golpe la cabeza, extrañado.

El inspector Soto, que lo estaba mirando, pidió permiso para usar el teléfono. Su conversación fue muy breve, Cuando volvió, su rostro estaba serio.

-Señor Levi: puede tomar un abogado. Lo acuso de autorrobo.

Querido lector: para el inspector Soto el caso era claro. Y logró comprobar ante el juez que no estaba equivocado. ¿Cuáles fueron las evidencias que lo llevaron a esa conclusión?

## EL CASO DEL SECUESTRO DEL ARQUERO

El domingo se jugaría el partido de fútbol más importante del torneo infantil en Villalongo. Los dos equipos finalistas -los Mastodontes y los Venados-eran rivales irreconciliables y sus jugadores formaban parte de las dos pandillas más conocidas del pueblo.

Los Mastodontes, tal como su nombre lo anunciaba, eran grandotes, atropelladores, y hacían del foul su arma favorita. Eran, además, alumnos mediocres en la escuela y poco queridos por los apacibles vecinos. Los Venados, en cambio, eran más bien esmirriados y con inclinaciones intelectuales, si bien, por ser ágiles y astutos, muchas veces lograban aventajar a sus rivales en el marcador. Así, el partido del domingo siguiente, que reuniría por primera vez a estos disímiles equipos en una final, causaba expectación en sus hinchas y prometía ser el acontecimiento deportivo del año.

Los Mastodontes se caracterizaban por su fútbol agresivo y una resistencia física extraordinaria. Las esperanzas de los Venados se fundaban en el contragolpe y en su magnífico arquero, el Canguro Esteban. Este arquero no sólo era ágil en la atajada y en los saltos, sino que calculaba siempre el ángulo exacto en que debería colocarse para recibir el balón. Una cosa lo distraía del fútbol: el estudio. Esteban era el primero del curso, y tan bueno en las letras como en las matemáticas.

El viernes a las seis de la tarde sucedió algo fuera de lo común: Esteban no asistió al entrenamiento. Sus compañeros se quedaron esperando en el campo de juego sin que la alta figura del Canguro apareciera. Dado que el arquero era siempre tan responsable, el resto del equipo intuyó que algo grave pasaba. Lo fueron a buscar a su casa; recorrieron el barrio, llegaron donde la abuelita; revisaron el colegio y hasta investigaron con disimulo en los carabineros. ¡Nada! El Canguro se había esfumado.

Hasta que de pronto, a las ocho de la noche, se tuvo la primera noticia. Un sobre amarillo se deslizó silencioso bajo la puerta de la casa de Vicente, el capitán del equipo de los Venados. De inmediato este citó a su casa a los diez jugadores restantes y leyó con voz tensa:

Venadillos:

Si quieren a su Canguro, tendrán que esperar un segundo mensaje: llegará mañana a las doce del día a la puerta de nuestro club. Por el momento entérense en llorar la derrota. ¡Que duerman bien!

Luego de la lectura un coro de voces se alzó indignado:

-¡Esto es obra de los Mastodontes! ¡Sólo ellos escribirían doce con s!

-¡Finalmente, nos tienen miedo!

-¿Dónde lo tendrán escondido?

-¡No podrá entrenar!

-¡Ni jugar el domingo...!

-En ese caso, llamaremos a la policía...

La voz del capitán los interrumpió:

-Hay que ir con calma. Esperemos el segundo mensaje y, antes de hacer esto público, tratemos de vencerlos con nuestra astucia.

-Hagamos un último intento de búsqueda por el pueblo-dijo el zaguero central.

Los diez amigos, cada Uno por su cuenta, recorrieron cabizbajos todos los rincones de Villalongo. En la plaza se habían juntado los Mastodontes, que a grandes voces comentaban:

-¿Qué les pasará a estos Venaditos que andan tan afanados? ¿Se les perdería la mamadera? ¡Agú, agú!

El capitán de los Venados, sin mirarlos, se limitó a contestar:

-¡No se sientan tan seguros! El que ríe último... golpeará mejor.

Se escuchó la carcajada de los Mastodontes atronar en la plaza.

Al día siguiente todos se reunieron en el club deportivo. Los diez amigos se turnaban para vigilar la puerta, cuando, a las doce en punto, un ruido de vidrios quebrados en la ventana trasera los sobresaltó. Corrieron hacia el lugar y alcanzaron a ver una figura maciza, enfundada en un capuchón gris, desaparecer en la esquina de la calle. Vicente recogió del sucio una piedra que traía un papel amarrado con un hilo. Lo estiró con cuidado para no romperlo y, ante los diez amigos que lo rodeaban expectantes, leyó:

*Venaditos:*

*Buestro arquero goza de un apazible descanso. ¡Lástima que haya perdido un día de entrenamiento! ¡Es de esperar que no pierda también el partido! En un proximo mensaje escrito de puño y letra del propio Canguro, recibirán las instrucciones para su rescate.*

-¡Malditos! -gruñó Vicente.

-¡Cobardes! -siguió el mediocampista.

-Son unos estúpidos Mastodontes -agregó el puntero derecho-. Además, asnos incultos: esta vez son cuatro las faltas de ortografía en cuatro líneas.

-Pero igual los venceremos -dijo otro.

-Yo no estoy tan seguro... Al pobre Esteban no le deben dar ni de comer para que esté débil el domingo -volvió a opinar el mediocampista.

-¿Y si vamos a la policía? -preguntó el puntero derecho.

-No. Arreglemos el asunto entre nosotros: no me cabe duda de que el Canguro es lo suficientemente inteligente como para escapar, o algo así... -concluyó Vicente.

El tercer mensaje llegó atado al cuello de Fido, el perro del zaguero central.

-¡Si supieras hablar, Fido! ¡Espero que hayas mordido al menos una pierna del que te amarró el mensaje!

El perro movía su cola y, por su mirada apacible, se advertía que no era capaz de atacar ni a su propia sombra.

Esta vez Vicente y los demás se inclinaron sobre el mensaje.

Esto fue lo que leyeron:

*Cuando que dejen una balón  
vajo la higuera, me podrían  
ver en un partido en domingo  
próximo. En el caso contra-  
rio, ustedes perderán a su  
arquero.*

*Estaban*

Se produjo un gran silencio. No cabía la menor duda: era la letra del Canguro. ¡Pero se resistían a pagar el rescate y reconocer su total sumisión al chantaje!

-¿Se fijaron en las faltas de ortografía? -preguntó el capitán-. Parece que se contagió con los Mastodontes.

-Es seña de su nerviosismo...

-¡Si hasta escribió mal su nombre!

-¡Pobre tipo, a lo mejor lo están torturando y ni sabe cómo se llama! -se estremeció el puntero izquierdo.

-¡Y pobres de nosotros! No veo cómo vamos a salir de esto airoso -suspiró el zaguero central.

Se quedaron mudos unos instantes. Hasta que de pronto Jorge, uno de los laterales, exclamó:

-¡Pásenme el mensaje!

Lo volvió a leer en voz baja y con mucha atención.

-¡Ya sé! -gritó-o ¡Descubrí en qué lugar lo tienen! ¡Síguenme!

Iremos, sin balón de fútbol, a su rescate.

El equipo completo de los Venados corrió a las afueras del pueblo, y Jorge indicó un lugar, a la distancia, entre los roqueríos. Avanzaron sigilosos. El zaguero derecho gritó, usando sus dos manos como bocina:

-Si en diez minutos no estamos en el club con Esteban, nuestro capitán enviará a la policía... ¡Ríndanse!

Hubo unos instantes de tensión. Del lugar no salía ningún ruido.

-¿No te habrás equivocado, Jorge? -susurró alguien.

-No, ¡estoy seguro!

Y tan seguro estaba, que no habían pasado cinco minutos, cuando la figura del Canguro aparecía frente a ellos.

Lector: en el mensaje, lógicamente, había una clave. Si Jorge la descubrió, ¿por qué no tú? ¿En qué lugar ocultaron al arquero?

Nota: El partido se jugó, tal como estaba planeado, y los Venados ganaron 3 x 2 a unos avergonzados Mastodontes.





## EL CASO DEL LADRÓN CON MÁSCARA

El inspector Soto caminaba hacia su casa, luego de una larga y agotadora jornada en su oficina, Eran las diez .Y media ele la noche y, al ver las luces del pequeño supermercado del barrio aún encendidas, recordó el encargo de su señora: una tarjeta postal para unos amigos que vivían en los Estados Unidos y estaban de aniversario de matrimonio,

Entró con aire distraído al supermercado, Sólo una caja funcionaba, Miró vagamente a la muchacha sen lada tras la caja registradora, y se dirigió al anaquel giratorio donde se exhibían postales. Contempló con calma los paisajes, y leyó las tarjetas y sus dedicatorias: "A mi querida abuelita", "Al mejor esposo del mundo", "¿Un año más? Con un suspiro siguió buscando. Sólo se escuchaban el tintinear de la registradora a sus espaldas y los pasos ele los últimos parroquianos que salían por la ancha puerta. Oyó un carraspeo de la cajera. "Pobre muchacha", pensó; "debe estar tan cansada como yo". Se decidió entonces por una gloriosa cordillera nevada que brillaba tras un Santiago sin esmog.

Y en ese momento escuchó el grito.

Con la rapidez propia de su oficio se dio vuelta para ver, ante sus propios ojos, a un encapuchado que encañaba a la muchacha con una pistola en la sien, Los ojos del hombre brillaron al fijarse en Soto y, con un gesto, le indicó inmovilidad. El inspector vio cómo la tela se hundía bajo una boca abierta.



Su mente funcionó a toda velocidad. Sí él actuaba, el hombre podía herir a la mujer -tal era la decisión en su gesto-, mientras ella depositaba el dinero en una bolsa. La cajera obedecía con manos temblorosas, y emitía unos entrecortados quejidos cuando el encapuchado la apuraba con golpes de cañón contra su nuca.

No había pasado un minuto. El ladrón comenzó a retroceder, y sin dejar de apuntar alternadamente a la mujer, y a Soto, que estaba un par de metros tras ella, desapareció corriendo por la puerta principal.

Soto, sin ni siquiera ocuparse de la cajera que se desvanecía como en cámara lenta, salió hecho un celaje tras el enmascarado. Lo vio correr por la solitaria avenida, desprender de un tirón su máscara de tela, y abordar un taxi colectivo que pasaba en ese momento por la esquina.

Los ojos de lince de Soto buscaron con rapidez un vehículo para seguirlo. Sólo vio a un joven en moto que aparecía por la orilla de la calle, junto a la vereda.

-¡Soy policía! ¡Ayúdeme! ¡Siga a ese taxi! -gritó Soto, montando a horcajadas tras el joven que, sin dudarle un instante, aceleró a fondo.

La persecución fue espectacular. El colectivo, gracias a los semáforos en verde, seguía en forma expedita por la gran calle de su recorrido. Pero la moto, más veloz que cualquier auto y guiada por un adolescente que, en ese momento, se sentía protagonista de una serie policial, no perdía terreno.

-¡Hazle una encerrona! -ordenó el inspector.

El chofer del colectivo miró con preocupación esa moto que se acercaba peligrosamente a su costado, y disminuyó la velocidad.

Soto gritó.

-¡Alto! ¡Policía!

Pero los pasajeros y el chofer del taxi, con los vidrios cerrados, parecieron no escuchar.

-Adelántalo y crúzate para que se detenga -cuchicheó el inspector al oído del motorista, mientras a su vez hacía señas al chofer con un brazo.

Finalmente, en una arriesgadísima maniobra, el excelente conductor que resultó ser el joven de la moto logró su objetivo: con un gran chirrido de frenos, el taxi se detuvo en medio de la calle.

La suerte estaba del lado de Soto: dos carabineros hacían guardia en una esquina y, al ver esta extraña maniobra, corrieron hacia ellos.

-¡Inspector Soto! -gritó este, con sus credenciales en alto-: ¡Necesito ayuda! ¡En este taxi va un ladrón!

Los carabineros desenfundaron sus pistolas de servicio e hicieron descender a los ocupantes del auto. Eran el chofer más cuatro hombres vestidos con trajes oscuros, que miraron sorprendidos.

-¡Regístenlos!-ordenó el inspector.

Los carabineros procedieron. Pero, ante el asombro de Soto, ninguno de ellos tenía ni arma ni billetes. Sin embargo, una rápida investigación dentro del auto mostró una bolsa -con la pistola y el dinero-escondida bajo el asiento delantero derecho.

-¡Ahá! -dijo Soto, rascándose una de sus enormes orejas-: lo siento, señores, pero, al menos que alguno confiese, están todos detenidos.

-Yo no tengo nada que ver en esto -alegó el chofer, con voz agudizada por los nervios. -¡Ni yo tampoco! -siguió un señor de anteojos, levantando las manos en actitud defensiva-. ¡Soy un pobre empleado bancario, y mantengo con esfuerzo a mi familia.

-¡Esto es un atropello! -vociferó un tercer hombre de un impecable abrigo negro-. ¡Ustedes no saben quién soy yo!

Junto con hablar sacaba tarjetas de su billetera.

-Yo soy un honrado vendedor viajero, y jamás he tenido que ver con la policía -dijo a su vez un hombre de bigotes que, por su voz nasal, mostraba un evidente romadizo.

-Yo..., yo, pe-pe-pero, noentien-do lo que pa-pa-papasa -gimió el último, tartamudeando con gran desconcierto.

-¡Todos a la comisaría! -ordenaron los carabineros con gesto decidido.

Uno de ellos ya pedía ayuda a través de su walkie talkie. La sirena del radiopatrullas no tardó en oírse.

El inspector Soto terminó de rascar concienzudamente su otra oreja. Miraba fijo a cada uno de los sospechosos que permanecían sujetos con firmeza de un brazo por los policías.

Entonces Soto, con su voz ronca, habló:

-Debo advertir que todos irán a declarar a la comisaría. Pero también les comunico que sólo uno irá esposado. Los cinco hombres se miraron con sorpresa. Soto musitó algo al oído de uno de los carabineros; este, sin vacilar, se adelantó y colocó las esposas en las muñecas del que indicaba el inspector.

Otra vez Soto, con su aguda perspicacia, había dado en el clavo: el ladrón, sintiéndose acorralado, confesó su culpa en el camino.

Lector: ¿podrías tú deducir, al igual que Soto, cuál fue el culpable y cómo se delató? Todas las pistas están dadas

## EL CASO DEL GATO PERDIDO

Seis de la mañana. Los gritos de doña Doralisa despertaron al vecindario:

-¡Tutankamón! ¡Tutankamóoon! ¡Tu leche, minino!

Del segundo piso de un pasaje del barrio Ñuñoa, la cabeza blanca y despeinada se agitaba de un lado a otro.

Diego, su vecino, abrió la ventana de su cuarto, y con rostro soñoliento preguntó, asomándose:

-¿Qué pasa, doña Doralisa? ¡Estaros en vacaciones, no siga gritando!

-¿No has visto a Tutankamón, hijo? ¡No está en su canasto por primera vez en mil cincuenta mañanas...! ¡Tutankamóoon! ¡Tutankamóoon! -siguió llamando en todas direcciones.

Josefa también despertó. Restregando sus ojos se arrimó a su hermano Diego, sin entender aún de qué se trataba el barullo.

-¡Tutankamóoon! -seguían los gritos destemplados de la anciana.

Las ventanas fueron abriéndose de una en una, y varias caras dormidas y furibundas comenzaron a pedir silencio.

Pero doña Doralisa ya estaba en la calle, y corría con un plato y una botella de leche, sin hacer caso de sus vecinos. -¡Tutaaa! ¡Tutaaa! ¡Mininooo! -Llamaba ahora con voz dulce y ojos húmedos.

A las nueve de la mañana Tutankamón aún no aparecía. Doña Doralisa casi se desmayó en la acera, y los dos hermanos salieron a buscarla.

-Si no vuelve Tutankamón, ya no tengo razón de vivir -gemía la viejecita.

Los niños la habían llevado a la casa y, recostada en su mecedora de mimbre, se dejaba abanicar por Diego con una revista mientras Josefa, con los ojos muy abiertos, le refrescaba la sienes con un pañuelo mojado.

Diego entonces ofreció: -No se preocupe, doña Dora, le prometo por mi honor que le traeré el gato de vuelta, vivo o muerto...

Un puntapié de su hermana y un sofoco de la viejita -que puso los ojos en blanco y comenzó a ahogarse-lo hizo rectificar.

-Quiero decir vivo... Déme dos horas y tendrá a Tutankamón -añadió con voz de agente del FBI. Doña Doralisa pareció reanimarse. Josefa susurró al oído de su hermano:

-¿Para qué te comprometes? ¿Y si el gato está muerto?

Con un empujón firme, Diego la alejó de él; se paró muy tieso y reiteró:

-Parto en misión: este será nuestro cuartel general, y nadie podrá entrar ni salir sin mi autorización. Tú, Josefa, te quedas aquí cuidándola.

-¡Ah, noo! Yo te acompaño, porque doña Doralisa se muere de ganas de descansar -dijo la niña, lanzando a su hermano una mirada de furia-. Además, está respirando muy raro..., ¿no es cierto, doña Doralisa?

-Tutankamón... -musitó la viejita.

-¿Ves? -dijo Josefa-. Ella quiere soñar con el gato, ¡vamos!

El plan de Diego era recorrer casa por casa en el pasaje, hasta obtener alguna pista. En realidad, Tutankamón era un gato gordo, antipático y maullador, que no despertaba las simpatías de los vecinos. ¡Pero de ahí a desear su muerte había una diferencia!

Provistos de una grabadora de pila, para registrar las declaraciones de los sospechosos -la manejaría Josefa-, los dos hermanos comenzaron la pesquisa. En una casa les abrió la

señora Torres; tenía a su guagua en brazos. Se veía ojerosa y demacrada. Habló entre bostezos.

-Por favor, niños, no hablen fuerte; recién logro que se duerma. Me he pasado la noche en vela... El pobrecito lloraba, y yo no tenía la mamadera para darle más leche.

-¿La mamadera? ¿Se le quebró? -preguntó Josefa, mirando al bebé.

-No sé..., pasé tan mala noche, y en la confusión...

-¿Confusión? -Josefa apretó el botón de la grabadora.

-Sí..., entre los llantos del niño y los maullidos de ese gato...

-¿Oyó al gato? -preguntó rápido Diego, entrecerrando los ojos.

-Ehhh, sí..., parece...-contestó la señora Torres en forma vaga.

-¿Cómo que parece? ¿No habló de unos maullidos? -interrogó nuevamente Diego, y Josefa acercó el micrófono a la boca de la señora.

La señora Torres retrocedió dos pasos, y preguntó:

-¿Qué significa este juego, niños?

-Significa que Tutankamón ha desaparecido y estamos investigando -contestó Diego.

-Pues vayan a investigar a otro lado, y no me molesten. ¡Era lo único que me faltaba! y cerró la puerta con estrépito. Al segundo, sintieron los berridos de la guagua.

Diego y Josefa se miraron con aire de expertos y la niña murmuró a la grabadora:

-Primera sospechosa. De ahí se fueron a la casa número 2. Estuvieron largo rato tocando el timbre, sin respuesta. A los cinco minutos se oyeron unos pasos, y abrió un joven adormilado y barbón. que los miró con desinterés:

-¿Síiii?

-Hola, Mateo: ¿has visto a Tutankamón? -preguntó Diego y se escuchó el clic de la grabadora.

-¿Al Faraón? -fue la respuesta del estudiante.

-No. al gato -contestó Josefa, muy seria.

-Al gato maldito.... sólo lo escuché, ¡pero si lo veo, lo mato!

-Conque lo matas..., ¡eh? -dijo Diego-. ¡Justifícate!

-La que se va a tener que justificar es esa maldita vieja, dueña de ese maldito gato que no me dejaba estudiar el maldito tomo de trescientas páginas de historia, y ahora me voy a sacar una maldita nota ...

Los niños retrocedieron ante la verborrea furibunda de Mateo, que ya había perdido su aire soñoliento y agitaba con fuerza su melena chascona.

Se oyó el segundo portazo en el callejón y la voz de Josefa al decir:

-Sospechosísimo número 2.

-Prepárate. Josefa: nos toca interrogar a la señora Ema Araos -dijo Diego.

Josefa, entonces, encendió la grabadora y dictaminó:

-Sospechosa número tres.

-Josefa: ¡método! Te estás adelantando.

-Pero. Diego, todo el mundo sabe que la señora Ema odia a los animales y le molestan los niños.

-Preparémonos para un tercer portazo -susurró Diego, mientras tocaba el timbre.

La puerta se abrió. Una señora Ema sonriente y plácida los dejó un poco desconcertados.

-Hola, queridos: ¡qué gusto verlos! ¿En qué andan? ¡Pasen!

-No, gracias, señora Ema, es algo rápido. Sólo queríamos preguntarle si ha visto a Tutankamón, que se perdió.

-Y doña Doralisa está casi por morir -añadió Josefa, lista para apretar el botón.  
 --¡Oh noo! ¡Pobre gatito, y tan gordo que era!  
 -¿Era...? -Josefa encendió la grabadora.  
 -¿No me dicen que se murió? -preguntó la señora, desconcertada.  
 -Le dijimos que la que está por morir es la señora Doralisa, pero de pena -le contestó Diego.  
 -¡Ahhh! Ya entiendo, no es para menos -suspiró la señora Ema.  
 -¿Entonces no ha visto al gato? -insistió Diego.  
 -No lo he visto ni lo he escuchado.  
 -Pero si anoche todo el barrio oyó sus maullidos -se extrañó Josefa.  
 -Yo dormí como una piedra: ¡mi hijo Serafín me anunció visita! -sonrió feliz-. Ustedes saben que él vive en el norte, y estoy tan contenta, que anoche podrían haber maullado treinta gatos y me habría parecido un concierto de violines.... ¡ja, ja!  
 La puerta se cerró suavemente y la escucharon cantar.  
 Los jóvenes detectives, algo perplejos, siguieron su camino hacia la casa número 4.  
 -¡Algo no encaja! Mis células grises están confundidas -refunfuñó Diego.  
 -Déjate de imitar a Hércules Poirot -se burló su hermana.  
 Y golpearon en la puerta siguiente, la casa número 4, que no tenía timbre. Era la casa del escritor.  
 Cuando abrió la puerta, los niños se enfrentaron a don Juan García Gómez con su chaqueta y pantalones arrugados como si hubiese dormido vestido.  
 -¿Y esta sorpresa? ¡Adelante! -dijo el escritor. Y sin esperar respuesta caminó hacia el interior de su casa.  
 Los niños tuvieron que seguirlo. Entraron al living, donde había una mesa llena de papeles, una máquina de escribir, una silla y, arrimado también a la mesa, un comfortable sofá lleno de cojines.  
 -Esta ha sido mi cama, a ratos, durante la noche. Por eso estoy tan... -García Gómez trató de estirar su chaqueta.  
 -¿Estaba estudiando? -le preguntó Josefa, acordándose de Mateo.  
 -¿Estudiando? Si lo quieres llamar así. .. Estudiaba los caracteres de los personajes de mi novela... -le contestó el escritor, bostezando.  
 -¿No escuchó usted, durante su noche de trabajo, los maullidos del gato de doña Doralisa? -preguntó Diego, haciéndose el casual.  
 El escritor los quedó mirando: ¡se veía tan divertido con su ropa entera arrugada, un bototo negro a medio abrochar en un pie, y un calcetín a rayas por donde asomaba el dedo gordo en el otro! Tenía además la camisa blanca fuera del pantalón y su cabello larg y crespo en desorden. Los niños no pudieron disimular una sonrisa.  
 -Eh, eh, eh... -vacilaba García Gómez; fruncía el ceño, pensativo-. ¿Qué era lo que querían saber?-preguntó por fin.  
 -Es que ha desaparecido Tutankamón, y doña Doralisa está que se muere.  
 -Eh,eh...Que se muere...,que se muere...,¿que se muere? -El escritor tenía la mirada vaga y en un momento cerró los ojos. Cuando los abrió parecía iluminado: "¿Qué se muere? La muchacha miró tras su hombro y allí estaba: era la sombra del peregrino..." ¡Eso era! ¡Eso era! ¡Eso era! -y luego de repetir otra vez la misma frase, se sentó frente a la máquina de escribir y comenzó a teclear como si sus manos tuvieran alas, olvidándose de los niños.  
 Diego y Josefa se codearon y salieron en puntillas de la casa.

-Sospechoso número cuatro -dijo la niña.

-¿Por qué? -inquirió Diego.

-Porque todos son culpables hasta que no prueban su inocencia... Me extraña tu pregunta, Hércules Poirot –contestó su hermana, con aire suficiente.

-Bueno, y ahora ¿qué hacemos? -preguntó Diego algo picado.

-Primero iremos a ver a doña Doralisa, por si se ha muerto-Josefa ya había tomado las riendas del caso del gato perdido-. Si está viva, la tranquilizaremos, y luego iremos a nuestra casa a procesar la información.

Cuando abrían la reja del jardín de la anciana, unos gemidos ahogados tras una frondosa planta de nardos llamaron su atención.

Se acercaron, cautelosos, y buscaron entre las matas. Doña Doralisa no se preocupaba ya mucho de su jardín. Por eso es que, entre latas de pintura vacías, cajas de cartón, pedazos de manguera y otras tantas cosas, Tutankamón, con una gran protuberancia en la cabeza, los miraba con ojos suplicantes.

-Caso cerrado -dijo Josefa a la grabadora.

-Resulta obvio -añadió Diego, como si siempre lo hubiera sabido.

Lo que Diego y Josefa vieron está aquí en este dibujo. Si ustedes, como ellos, también tienen ojo de detective, tan sólo mirando la ilustración encontrarán la pista que los llevará al culpable.

Epílogo: doña Doralisa no se murió; en cambio, regaló él los niños nuevas pilas para la grabadora. Con respecto a la persona culpable, aún da confusas explicaciones.



## EL CASO DE LA ESTATUA MUJER SENTADA PENSANDO

Son las cinco de la mañana en Santiago. La amplia calle del barrio alto está vacía, con excepción de una camioneta cubierta que se estaciona a pocos metros de una casona estilo colonial. Adentro, tres hombres observan, primero de reojo; luego descienden para encaminarse hacia la entrada de la mansión.

Todo está saliendo según sus cálculos. Minutos atrás, el repartidor había lanzado los diarios correspondientes a esa cuadra, y el campo estaba libre. La primera parte del plan para robar la estatua Mujer Sentada Pensando -que se vendería al día siguiente en un gran remate-estaba funcionando bien. Los diarios y la televisión habían hablado mucho sobre el valor de la estatua, y los críticos de arte la calificaron como "la mejor obra de arte abstracto de los años ochenta".

Jaime, alias el Artista; Felipe, más conocido como el Panda, y Gonzalo, el Rambo, se encaminaron con rapidez hacia la puerta de entrada donde la bandera que decía Remate se agitaba con el viento. La noche estaba húmeda, y Jaime, el Artista, miró el cielo con preocupación.

-¿A qué hora saldrá el viejo a buscar el periódico? -preguntó el Panda, impaciente.

-Ya está por salir; apronta el golpe de karate -respondió el Artista en un susurro.

Los tres se agazaparon en el pórtico, tras una columna. A los pocos segundos se escucharon unos pasos. La pesada puerta de entrada se abrió: y apareció un viejo con uniforme de guardián que, al ver el periódico sobre las baldosas de la entrada, se agachó a recogerlo. En ese momento un golpe seco en la nuca lo hizo caer al suelo, inconsciente.

-Ni se quejó -masculló el Rambo.

-Bien, Panda -aprobó el Artista-. ¿Cuánto tiempo tendremos durmiendo al abuelo?

-Lo suficiente como para que operemos tranquilos -respondió el karateca, restregando sus manos.

El Rambo levantó fácilmente al cuidador con sus brazos poderosos y se lo echó sobre los hombros, como si fuera un almohadón de plumas. Luego, entró en la casa, seguido por sus compañeros. El Panda cerró la puerta tras ellos.

-Déjalo por ahí y manos a la estatua... -apuró el Artista.

Los tres se dirigieron al fondo de la enorme sala. El Panda, un poco nervioso, miraba hacia todos lados, mientras caminaba entre los objetos en exhibición.

-¿Dónde está la Mujer Sentada? -preguntó el Rambo.

-Ahí -respondió Jaime, el Artista, con gesto seguro. Y sacando la linterna de su bolsillo iluminó de arriba hacia abajo, y luego de abajo hacia arriba, la codiciada figura.

-¡Qué belleza! -murmuró. El Panda se encogió de hombros ante la vista de esas láminas de metal entrecruzadas.

-La única belleza es el dinero que obtendremos por ella -observó con una risita.

-Ustedes no entienden nada: actúen y no hablen. ¡Ya, Rambo, saca la estatua mientras yo vigilo la salida...! -dijo el Artista, caminando hacia la puerta de calle.

A los pocos minutos, mientras el Rambo equilibraba la pesada estatua sobre sus hombros, el Artista regresó con expresión de rabia:

-¡Maldición! Unos estúpidos madrugadores se han refugiado de la lluvia bajo el alero de la casa... ¿Cómo haremos ahora para salir sin ser vistos? -Pateó el suelo, furioso.

El Panda hizo un gesto de fastidio, y miró el lecho como buscando una solución. Entonces el Rambo, con la estatua firme en su hombro, exclamó:

-Ya sé... Miren esa ventana que da a la calle lateral... ¡Salgamos por allí! No será difícil para mí sacara esta señora, y no creo que a las dos parejas que se protegen de la lluvia se les ocurra venir a pasear por este lado...

-¡Buena idea, Rambo! No eres sólo músculos... -aprobó el Artista, golpeando un puño contra la palma de la otra mano-o Una vez afuera, yo me adelantaré a buscar la camioneta y la estacionaré frente al callejón.

-No está mal, pero hay que apurarse -dijo Felipe, el Panda, mirando el reloj-; estamos con el tiempo justo antes de que el cuidador se reponga de mi caricia.

Obraron con rapidez. Luego de algunas dificultades –como desprender las aristas de metal que se enganchaban en los cortinajes y decidir quién salía a recibir la estatua y quién ayudaba al Rambo a sostenerla mientras él se encaramaba al alféizar-con una exclamación de triunfo lograron depositarla en la acera.

El precioso botín ya era de ellos.

-Rambo: sácate el abrigo y cúbrelo, no quiero que se moje. Yo voy por la camioneta -dijo el Artista. Se encaminó hacia la esquina.

En ese momento, cuatro figuras-dos mujeres y dos hombres- le cortaron el paso con un seco "manos arriba". Los hombres lo encañaban con pistolas.

-Maldición... -gruñó el Artista, retrocediendo.

Pero las cuatro figuras -que no eran sino policías disfrazados de transeúntes madrugadores-ya estaban junto a ellos y los esposaban.

Sin embargo, a uno lo dejaron libre. Sólo a uno, y le dijeron:

-¡Bien hecho!

La pregunta para los astutos detectives es la siguiente: ¿Cuál de los tres ladrones estaba de acuerdo con la policía?





## EL CASO DE LA PAGODA DE MARFIL

Carlos Olavarría, solterón de blancas sienes y heredero de una gran fortuna, empleaba sus días en administrar sus negocios, jugar golf y coleccionar piezas de marfil. Sus objetos más valiosos se exhibían en grandes armarios de caoba con puertas de vidrio, especialmente diseñados para tal propósito. El solterón se paseaba a través del amplio salón de su casa en la calle Américo Vespuccio, contemplando cada figura como si ella fuese un hijo muy querido.

Los amigos le decían que se cambiara a un departamento: esa enorme casa, donde sus pasos le devolvían solitarios ecos, no era la apropiada para un hombre sin familia. Pero lo que los amigos no entendían era que Carlos sí que tenía una familia que requería de gran espacio: los marfiles confiados a la seguridad de sus armarios.

De toda la colección había solamente un objeto que no se guardaba tras los cristales: la pagoda de filigrana. El solterón sentía por esta pieza un especial cariño: le recordaba -al abrir las diminutas puertas talladas que mostraban interiores misteriosos de un templo oriental-esos libros de su niñez donde las páginas se extendían en volumen, desplegando como por arte de magia las dependencias suntuosas de un castillo.

También había otra razón que le hacía acariciar la valiosa figura con la yema de sus arrugados dedos: Ya-Lu-Ting, la hermosa japonesita con cara de blanca luna que se la había obsequiado. Es por esto que la pagoda de filigrana no estaba bajo llave: Carlos la tenía en su escritorio, acomodada entre los pisapapeles de ónix, su agenda abierta sobre el atril de cuero y el cenicero de cristal cortado que nunca tenía ceniza -Carlos no fumaba-, sino verdes caramelos de menta.

Así, el solterón, sentado a su escritorio, de cuando en cuando solía levantar la mirada de sus papeles con cifras, y posándola sobre el templo de marfil dejaba que su imaginación volara hacia el Oriente.

Cuando a Carlos Olavarría le robaron la pagoda de su escritorio, fue como si le hubieran arrebatado parte de su vida.

Un martes en la mañana el inspector Soto acudió al llamado del solterón. Se encontró con un Olavarría alterado, que explicaba entre ademanes nerviosos lo sucedido. La noche anterior, al llegar a su casa luego de un ajetreado día entre la Bolsa y el Club de Golf se había encontrado con la sorpresa: ¡la pagoda no estaba en su lugar... ni en ninguna otra parte!

-Era valiosa, por cierto, inspector; pero el valor más grande que tenía para mí era otro... -Carlos apretaba las mandíbulas para contener su impotencia.

-Quisiera interrogar a sus empleados por separado -dijo el inspector Soto, acariciando en forma maquinal el lóbulo de una de sus grandes orejas.

Olavarría pulsó un timbre bajo su escritorio, ya los pocos minutos apareció Norma, la mucama. Blanca como su delantal, se quedó de pie en el umbral, mirando al policía con ojos de pánico.

-Norma, adelante. Siéntese, por favor. El inspector le hará algunas preguntas -le dijo, indicándole una silla.

Norma avanzó dos pasos, vacilante, y se sentó en el borde del sillón.

El inspector la tranquilizó con un gesto y le habló con voz calmada:

-Sólo quiero saber lo que hizo usted ayer, desde que llegó en la mañana, hasta que abandonó la casa.

-Bueno, lo de costumbre... Por la mañana me quedé en el segundo piso haciendo el aseo del dormitorio y del baño, ordené... y bueno, lo que hago todas las mañanas.

-¿Entró en el escritorio? -interrumpió Soto.

-Solamente a dejar el diario. -La mujer miró temerosa a su patrón-. Ayer si había algún recado para mí en su libreta -agregó, indicando la agenda sobre el escritorio.

Soto miró al dueño de casa, y este corroboró:

-Sí, siempre dejo una nota a Norma, cuando salgo temprano en la mañana.

El inspector se acercó al escritorio y leyó: "Norma: puede irse en cuanto termine. Hoy no vendré a almorzar".

-¿Se fijó si la pagoda estaba en su sitio de costumbre? -volvió a interrogar el inspector a la mucama.

Ella guardó un instante de silencio y contestó luego, dubitativa:

-En realidad..., me pareció que todo estaba igual que siempre, porque si la casita esa hubiera faltado, yo me habría dado cuenta... creo.

-¿Con quién habló luego de salir del escritorio? -preguntó Soto, rápido.

-Con nadie más, señor. Ya eran casi las doce y había terminado con el asco, así es que aproveché para ir a cobrar el desahucio de mi marido. -Norma miró a don Carlos como pidiendo aprobación.

Olavarría hizo un gesto de asentimiento. El inspector insistió:

-¿Y no conversó con nadie más en la casa antes de irse?

-Ni siquiera me pude despedir: José andaba en la carnicería, y con el jardinero nunca me meto porque..., perdóneme la expresión, don Carlos -añadió un poco colorada-, ese hombre es un ordinario...

Don Carlos carraspeó y Soto dijo en tono amable:

-Bueno, eso es todo, señora. Puede retirarse. ¿Podría decirle al mayordomo que venga?

La mucama se puso de pie saludando con timidez y, cuando abrió la puerta, su patrón la interpeló:

-¿Su marido sigue sin trabajo, Norma?

-¿Y quién lo va a emplear, don Carlos, con su pierna mala? -contestó en tono quejumbroso la mujer. Sin esperar respuesta, se retiró.

A los pocos minutos entraba José, el mayordomo, de uniforme impecable y aire altanero:

-¿Sí, señor?

-El inspector le quiere hacer algunas preguntas, José; tome asiento -y Olavarría le indicó la silla que acababa de dejar la mucama.

-Estoy bien de pie, señor, gracias -contestó José, serio.

-¿Podría decirme lo que hizo ayer desde las ocho de la mañana hasta que llegó su patrón?

-Luego de hacer el aseo del salón, me fui a la carnicería...

-¿A qué hora fue eso? -lo interrumpió Soto.

-No antes de las once...

-¿Ya qué hora volvió?

-Exactamente a las doce y media: tenía que cocinar la carne para el almuerzo de don Carlos. -El mayordomo parecía molesto con el interrogatorio.

-¿Una hora y media se demoró en comprar la carne? -volvió a la carga Soto.

José se movió, incómodo.

-Bueno, no sólo la carne: los lunes, como bien sabe don Carlos, se compra también la verdura y la fruta.

-¿Y no conversó con Norma? -Soto no daba tregua con sus preguntas.

-Prácticamente no la vi; sólo le abrí la puerta, cuando llegó en la mañana; y cuando volví, ya se había ido..., ¡lo que no dejó de parecerme extraño!

El inspector hizo caso omiso de este comentario, y siguió:

-¿Qué hizo luego?

-Preparé el almuerzo y esperé al caballero con la mesa servida, como lo hago por costumbre, hasta las dos de la tarde. Luego me retiré a descansar a mi pieza y, supongo, señor, que me dormí, porque cuando abrí los ojos eran las cinco. -El mayordomo tosió y agregó rápidamente-: De ahí en adelante, no paré de limpiar la platería y sacudir las vitrinas del salón hasta que llegó don Carlos.

-Por casualidad: ¿entró en el escritorio?

-No, el escritorio se limpia los miércoles y sábados.

-Está bien, José, puede retirarse.-El inspector mostró la puerta.

-José: ¿podrías decirle a Jacinto Flores que venga? -pidió

Olavarría, entonces. -Muy bien, don Carlos. -Y el mayordomo se retiró, luego de una venia.

Jacinto Flores, el jardinero, entró con su mameluco lleno de tierra. Era muy moreno, pero de ojos chispeantes y lleno de vida. No titubeó para sentarse en la silla, y se acomodó con una amplia sonrisa.

-¿Trabajó ayer todo el día en esta casa? -comenzó Soto.

-Como todos los lunes y martes, mi caballero: solamente en la mañana.

-¿Y en qué consiste su trabajo? -El inspector dobló ahora el enorme pabellón de su oreja, en forma distraída.

El jardinero enumeró, contando con los dedos:

-Podar los rosales, remover la tierra de la jardinera, cortar el pasto, desmalezar, emparejar los setos, barrer la terraza... ¡Trabajo no le falta a uno aquí, pues!

-¿Entró en la casa?

-Al baño de José no más, a cambiarme ropa.

-¿Ya qué hora se fue?

-A la una. Los lunes en la tarde trabajo en Vitacura y almuerzo allá.

-O sea, en ningún momento entró en la casa...

-¿No le dije ya? ¡Y menos iba a entrar sabiendo que el patrón no venía a almorzar! Cualquier cosa que pase, le echan la culpa a uno...

-¿Conocía usted, Jacinto, la pagoda de marfil que se robaron? -preguntó el inspector.

-No, señor, yo no entiendo de cosas finas; sólo entiendo de plantas.

-O sea, no la había visto nunca...

-Usted lo ha dicho, mi caballero.

-Está bien, Jacinto Flores, puede retirarse -terminó el inspector Soto.

Cuando el jardinero cerró la puerta, el inspector miró a Carlos Olavarría con una semisonrisa y las cejas levantadas.

-El caso ha sido fácil. Recuperará su pieza de marfil. ¿Se dio cuenta, usted también, de cuál era el ladrón?

El dueño de casa negó con aire desconcertado.

-Trate de recordar lo que dijo cada uno de sus empleados y verá que algo no calza en una de las versiones -le dijo Soto, cogiendo del cenicero de cristal un caramelo de menta.

Cuando Olavarría, luego de unos instantes de meditación, dijo un nombre, el inspector Heliberto Soto respondió:

-¡Eso era!

Entonces el solterón, suspirando, murmuró para sí:

-¡Volverás a mí, Ya-Lu-Ting!

¿Podrías tú, lector, luego de analizar las versiones de los tres sospechosos, encontrar también al ladrón?



## SOLUCIONES

### EL CASO DE LAS LIBRETAS DE NOTAS

La profesora, al encontrar nuevamente las libretas en su escritorio, no dijo una sola palabra, pero "trató de portar una manchita sobre la primera libreta". Luego recorrió los bandos, mirando detenidamente a sus alumnos. ¿Qué vio? Alguien que tú sabes: el dedo de Connie, herido al apoyarse en la palmera. ¡Esa evidencia que la mancha sobre la primera libreta proviene del dedo que las había sostenido! En este caso, del lugar de Connie, recién salido de la enfermería.

### EL CASO DE LAS PERLAS GRISAS

La señora Fernández sintió una mano muy helada en su cuello. Ese comentario llamó la atención de Alvaro, su marido, que a partir de ese momento observó a sus invitados uno por uno. ¿Cuál de ellos podría haber tenido su mano tan helada como para que Adela lo recordara? Solamente alguien cuyos dedos hubiesen estado en contacto con algo frío durante mucho tiempo. ¿Quién? Víctor: éste no había soltado su vaso de whisky con hielo ni para comer.

### EL CASO DEL REGALO DE CUMPLEAÑOS

La característica del collar de Emilia era que, cuando se movía, sus perlas se entrecocaban con un sonido de campanitas. El juego de las amigas en el jardín consistía en saltar por sobre los baldes de agua. Todas lo hicieron, salvo la dueña de casa y Carla, que declaró no gustarle saltar y se dedicó a aplaudir, sentada en una grada de la terraza. ¿Por qué? No sería porque tenía el collar puesto bajo su topa, y su ruido —si ella saltaba— la delataría. Eso mismo fue lo que ellas, arrebentadas, más tarde confesó.

## EL CASO DEL ATRACO AL BANCO MUCHOS MILES

El dibujo muestra al personal del banco en la misma actitud en que fueron dejados por los asaltantes. También se ve la camioneta frente a la puerta principal del edificio. Rodríguez dijo haber visto las primeras letras de la patente, cuando el camión partía. Sin embargo, como bien lo dibujó el inspector Soto, la visión del cajero era obstaculizada por una columna.

Evidentemente, el cajero había mentido para entorpecer las investigaciones de la policía. Rodríguez resultó ser cómplice de los ladrones!

## EL CASO DEL ZAFIRO DE DOÑA SARA

Si leiste con atención los diálogos de Soto con Gladys, Petronila y Roberto, que aparentaban absoluta inocencia, deberías haberle dado cuenta de que Petronila mintió: en un comienzo ella dijo haber visto esa caja, pero cerrada; y luego agregó: "¿quién se iba a imaginar que había una joya dentro?". Soto se dio cuenta de inmediato de que Petronila si había inspeccionado el interior de la caja, porque, si no lo hubiera hecho, ¿cómo iba a saber su contenido si nadie lo había mencionado?

## EL CASO DE LAS SECRETARIAS QUEJUMBROSAS

Si tu cultura telefónica te funciona, has de saber que el auricular es la parte del teléfono que pone en contacto con la oreja. ¿Qué puede haber visto Soto en el auricular que lo llevó a deducir la culpabilidad de una de las secretarías? Aunque ellas no sabían, el inspector escuchó sus conversaciones sin perder detalles: entre los males de las secretarías estaba la otitis de Rebeca, y ésta había usado gotas del botiquín de urgencia para calmar su dolor. Lo que el inspector vio, oíó y palpó, entonces, fueron justamente las gotas secretadas por el oído de la persona que oyó la conversación telefónica: Rebeca.

## EL CASO DE LA MOTO EMBARRADA

La mamá de Felipe habló mucho. Tanto habló, que sin querer – ni saber – delató a su propio hijo. Si lees las versiones de lo que hizo cada uno de los amigos la noche anterior, verás que hay un solo caso de mentira posible de probar: la de Felipe. Él dijo: “me dediqué a estudiar y luego me relajé con un superbaño de tina”. Evidentemente, nadie se da un relajante baño de tina si no tiene agua caliente. Y en la casa de Felipe, el día anterior, no hubo agua caliente, pues el calentador estaba descompuesto. ¡Incluso habían esperado al gasfiter durante todo el día!

## EL CASO DEL JOYERO ANGUSTIADO

El señor Levi había cometido un autotropeo: eso el inspector solo lo tenía muy claro. Pero, ¿cómo llegó a deducirlo? Una frase del joyero alertó la mente del astuto inspector: “Se aprovecharon de la oscuridad de la acera”. ¿Cómo sabía Levi que se habían apagado las luces si nadie lo mencionó y – según él – había pasado la noche en su casa sin salir?

## EL CASO DEL SECUESTRO DEL ARQUERO

Aquí la pista la dio Esteban, el secuestrado, con sus evidentes faltas de ortografía y de concordancia en el mensaje. Jorge, que sabía de los excelentes conocimientos gramaticales de su amigo, vio en estas faltas una clave. Lo único que hizo fue formar una palabra con las letras incorrectas. De siempre, usó la c; de una – que debía ser m – usó la a; de vajo usó la v; de partido – que debía ser p – usó la e; de ex – que debía ser él – usó la r; de miedos – que debía ser m – usó la n; de Esteban – que debía ser Esteban – usó la a. Quedó la palabra CAVERNA. Obviamente, ahí tenían escondido al arquero.

## EL CASO DEL LADRÓN CON MÁSCARA

A lo mejor a ti no te llamó la atención; pero solo, el de las grandes orejas, se fijó muy bien que la capucha del emmascado se hundía a la altura de su boca abierta cada vez que respiraba. Cuando el inspector tuvo a los sospechosos frente a él, se dio cuenta de que uno de ellos tenía la voz nasal y mostraba un evidente tornezillo, lo que le impedía respirar por la nariz. Relacionando estos dos hechos, llegó a la conclusión de que el ladrón —cuya capucha se hundía a la altura de su boca— no era otro sino el testarudo vendedor viajero.

## EL CASO DEL GATO PERDIDO

Si miras bien la ilustración, notarás que entre el conjunto de objetos del jardín de Doralisa hay un pototo negro. Ahora bien, ¿a quién puede pertenecer ese pototo, sino al escritor García Gómez? Recuerda que recibió a los niños con "el pototo negro a medio aprovechar en un pie, y el otro pie con un calcetín rojo". Obviamente el escritor, molesto por los malabridos que interrumpían su trabajo, lanzó un pototo a Tutankamón, y lo dejó... tranquilillo por toda la noche.



## EL CASO DE LA ESTATUA MUJER SENTADA PENSANDO

El Artista anunció que "unos estudiosos madrileños" se habían protegido de la lluvia bajo el alero de la casa. Más tarde, el Rambo dijo: "No creo que a las dos patjas que se protegen de la lluvia se les ocurra venir a pasar por este lado". ¿Cómo supo el Rambo que eran dos patjas si no las había visto y el Artista sólo nombró la palabra "transcurren-tes"? Obviamente, el musculoso Rambo estaba de acuerdo con la policía.

## EL CASO DE LA PAGODA DE MARFIL

Hay un detalle del cuento que es clave: Olavaria dejaba sus mensajes a la mucama escritos en su agenda sobre el escritorio. El día del robo él había dejado la siguiente nota: "Hoy no vendré a almorzar". Todos tenían sus corbatas, y Jacinto Flores, el jardinero, declaró enfáticamente que él nunca entraba en el escritorio. Sin embargo, más adelante, con el mismo énfasis declaró: "Menos iba a entrar sabiendo que el patrón no venía a almorzar". ¿De qué otra manera pudo haberse enterado de que Olavaria almorzaba fuera, si no era leyendo la nota en el escritorio? La única que sabía los pasos de su patrón era Norma, la mucama, y ella no se había encontrado con el jardinero en toda la mañana.